

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 986.

Administración general y Redacción: Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Exequias del general Raoult en Meaux; grabado. — Exposición universal argentina. — Un viaje de vieja, por Manuel Concha. — El teatro de Angers; grabado. — Misterios de París; grabado. — Revista de París. — La asociación internacional de trabajadores. — Oasis de Laghouat en la provincia de Argel; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Moscú; grabados. — Nuevo hospital (Hotel-Dieu) en París; grabado. — ¿Qué hará de ello? — Servicio fúnebre celebrado á la memoria del duque de Orleans, en la capilla de Sablonville; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Exequias del general Raoult en Meaux.

6 DE NOVIEMBRE DE 1874.

Uno de nuestros corresponsales que acaba [de asistir al servicio hecho en Meaux en honor del general Raoult, muerto en el campo de batalla, nos dirige las siguientes líneas:

He presenciado una triste solemnidad, asistiendo al

servicio conmemorativo en honor del general comandante de la tercera división del primer cuerpo del ejército del Rhin, herido mortalmente en el campo de batalla, en donde acababan de sucumbir, vencidos por el número, sus antiguos compañeros de Africa, de Crimea y de Italia: el general, recogido por un oficial de su división, espiraba algunos días despues en el palacio del conde de Leusse, en Reichshoffen.

La permanencia de los alemanes en Meaux habia impedido hasta ahora á los amigos del general el dedicar á sus restos mortales, traídos á su país natal el religio-



Exequias del general Raoult en Meaux.

so recuerdo tan justamente merecido por la nobleza del corazón, las prendas militares y la gloriosa muerte de uno de sus hijos.

Por fin, el 6 de noviembre, á las once, se hizo con gran pompa en la catedral de Meaux, la lúgubre ceremonia á la que asistían las autoridades de la ciudad y muchos oficiales: el ministro de la Guerra estaba representado por un edecán.

A la salida de la iglesia llevaban las cintas del carro fúnebre, el alcalde de la ciudad, el general de división A. de Martimprey, el coronel comandante de brigada de caballería y el teniente coronel Duhoussat que acompañó al general Raoult hasta su muerte. La comitiva escoltada por los bomberos y la guarnición, llegó al campo santo en medio de una muchedumbre recogida, en tanto que resonaban las salvas como un postrer adiós militar.

El general de Martimprey tomó el primero la palabra á título de compañero de armas y de amigo del glorioso difunto, y después de hablar del principio de su carrera, que fué difícil y laboriosa, enumeró sus brillantes hojas de servicio, que tantas veces le valieron el ser citado á la orden del día.

M. Oscar de Lafayette, diputado, pronunció otro discurso en el que dijo palabras muy sentidas:

« ¿ Por qué esta simpatía tan viva?... ¿ Por qué este luto en todos los corazones? ¿ Es porque ha cesado de vivir un hombre amado y admirado de todos?... No, señores, la emoción que experimentamos reconoce otra causa: ante esta tumba entreabierta comprendemos dolorosamente toda la desgracia de nuestra patria. Raoult cayó al mismo tiempo que la Francia; nuestros invasores para llegar á su ciudad natal, tuvieron que pasar sobre su cuerpo sangriento y mutilado... Raoult había expuesto cien veces su vida cuando estalló la última guerra. Y cuando el enemigo atravesó la frontera, hizo mas que exponer su vida, la dió á su país, pues sus talentos militares no le permitían hacerse ilusiones sobre el resultado de la lucha... Confiando á sus amigos sus siniestros presentimientos, marchó con heroica resignación hácia ese destino fatal que debía cumplirse tan pronto y que había previsto hacia tanto tiempo. Así acabó el soldado á quien tributamos los últimos honores. »

El alcalde, á nombre de la corporación municipal, pronunció un adiós simpático y dijo que se daría el nombre de Raoult á uno de los principales paseos de la ciudad y que su busto se colocaría en las Casas Consistoriales. D.

Exposicion universal argentina.

CORDOBA.

(Conclusion.) — Véase el N° 985.)

EL PALACIO.

Hemos dicho al hacer la descripción del jardín, que está colocado este gran edificio sobre un terraplen, de una altura media de 2 metros 75 centímetros, todo construido por medio de la carretilla del operario, que ha conducido como 3,000 metros cúbicos de tierra para formarlos, y la cuchara del albañil que ha levantado 235 metros de calicanto; en sus pilares, cimientos y paredes que lo sostienen y formados estos por 60,000 ladrillos fuera de la construcción en donde está la fuente del centro, que luego describiremos.

El terraplen en todo su frente Este, mide 120 metros de largo, todo cubierto por una alfombra de césped, que imita la belleza de una alfombra de verde terciopelo.

Tal es la prolijidad con que está tuzada siempre por la guadaña del jardinero.

Cuatro hermosas sendas conducen á la prominencia del terraplen, dos del centro en forma de herradura, encierran un gran círculo lleno de verdura, dentro del cual se levanta un magnífico grupo de cañas de la India, en cuyas grandes hojas resplandece el rojo purpúreo de sus flores.

Un poco mas arriba de él, sobre basamentos de mármol se encuentran colocados cuatro grandes vasos bronceados, de dentro de los cuales se levantan hermosas plantas de geranios con sus flores rojas. Los dos vasos del centro son una copia exacta de los antiguos y célebres vasos toscanos, y todos ellos pertenecientes á la famosa fábrica Handyside y compañía, de Derby.

En seguida de esta nos encontramos ya bajo la gran marquesa de entrada, sostenida por cuatro hermosos pilares, de roble antiguo, en cuyos chapiteles, de la misma madera, forman bellísimas hojas de árboles. Sobre estos bordea toda la marquesa una guarda de madera calada, toda al estilo suizo. Su techo de tres costados, formado por una curva cóncava, está cubierto de una bella tela norte-americana de fondo blanco, á grandes bastones azules. Desde él caen grandes cortinas del mismo género, adornadas con flecos azules y blancos y col-

gadas por cordones de seda, atados á los grandes pilares descritos.

Pasando la marquesa, nos encontramos bajo un gran pórtico de 54 metros cuadrados, en cuyo fondo está la gran puerta de entrada y dos laterales que sirven al mismo objeto.

A la izquierda del visitante hay una sala de 34 metros 70 centímetros que contiene la escalera que conduce á la galería de fotografías y planos de ingenieros. A la derecha hay otro saloncito igual, ocupado por la confitería y sala de refrescos.

Una vez pasada la gran puerta de entrada, lo primero que sorprende la vista del observador, es una magnífica fuente, cuya taza de calicanto marmoleado se halla rodeado de grupos de flores exóticas y jacintos.

En el centro se levanta una roca de trozos de mármol, agrestemente quebrados, entre cuyos intersticios crecen los helechos y lirios de la sierra de Córdoba. Sobre esta roca hay dos pescados dorados entrelazados, que sostienen sobre sus colas una gran concha anacorada, entre la que luchan dos ángeles para sostener un chorro de agua que asciende hasta 8 metros para caer después convertido en fina y vaporosa lluvia de agua sobre las bellas hojas de lon caladiums, geranios, y las hermosísimas flores de los jacintos y glocsinias, que vegetan en los bordes de la gran taza marmoleada.

Caminando siempre por el centro y unos pocos pasos adelante de la fuente, sorprende al espectador la hermosa galería de pintura, sostenida por cuatro bellas columnas de roble viejo, que sirven también de entrada al salón, preparado para el Gobierno Nacional, cuyas paredes, en sus costados, están adornados por los bellísimos espejos de casa de Fussoni, hermanos, de Buenos Aires, y en su fondo, al través de las tres grandes puertas vidrieras, aparece lleno de verdor el parque de agricultura práctica, que hemos ya descrito, sobre el que se levanta la estatua de la República, escoltada por dos centinelas del progreso agrícola, las parvas del trigo y del pasto, recogidas últimamente en los campos del Río 2° y en el parque de cultivos comparativos de Santa Ana.

Desde el centro del Palacio, puede admirarse la grandiosidad de este edificio, que mide 118 metros de largo por 32 de ancho, en su mayor extensión. Está dividido en tres naves, la principal de 8 metros 60 centímetros de ancho y 5 y 70 las dos laterales.

56 columnas de madera de una sola pieza, de 14 metros de alto sostienen el techo de la gran nave del centro y las dos laterales, de 8 metros de alto, son sostenidas también por estas mismas columnas y los muros exteriores.

En los dos extremos, formando cruz hay dos pabellones salientes de un metro de cada costado y en el centro otro saliente de 5 metros 70 centímetros, también á cada costado. Estos tres pabellones tienen techos de dos aguas, cruzados también sobre el de las naves que forman el Palacio, guardando siempre la misma altura de 44 metros que tiene la nave principal; de manera que viene á dar gran movimiento al edificio la diversidad de altura y colocación de sus techos.

El piso, todo de tablas de 7 pulgadas de ancho, está sostenido por las grandes columnas de mampostería que ya hemos descrito al hablar del terraplen. El mide, en la parte interior del Palacio, la enorme superficie de 2,786 metros 49 centímetros cuadrados fuera del gran vestíbulo de entrada, el salón del Gobierno Nacional, y las cuatro salitas al costado de las dos entradas, que dan una superficie de 243 metros cuadrados.

En la gran nave del centro se encuentra el visitante con una doble línea, de todo el largo del Palacio, compuesta de diez y seis bellísimos armarios de diez costados cerrados por vidrios, que guardan todos los tejidos y bordados presentados por la República y el reino de Italia.

En las dos naves laterales yacen en 86 mesas de 9 pies de largo por 4 de ancho, cubiertas de merino solferino y 6 vidrieras piramidales todos los productos de las minas, de la agricultura y de las artes argentinas, así como en vidrieras de variadas formas los productos de la Italia, Alemania é Inglaterra.

En el pabellón del Sur están los productos de la Inglaterra, la Alemania, la Francia y la Italia, y en el del Norte, los de los Estados Unidos, el Brasil, Chile, Bolivia.

Toda la nave del centro está adornada de una gran cenefa de color azul y blanco en toda la parte que ocupa la República, y de color verde y solferino en la parte ocupada por el extranjero.

A mas, cada provincia lleva su escudo de armas colocado en medio de un gran trofeo de banderas argentinas, y dentro de la nave, está limitada por una tabla azul con el nombre de cada una de ellas.

La nave del centro, en el límite interior de cada uno de los pabellones cruzados, se encuentra cortada á la altura de 17 metros, por grandes colgaduras de color solferino, verde y anaranjado que sostienen á la derecha de la entrada los escudos de los Estados Unidos y del Brasil, en medio de trofeos de banderas de cada una de estas nacionalidades.

A la izquierda divisanse las mismas cortinas adornadas con los colores que hemos descrito y entre ellas los escudos de los mas grandes expositores europeos que han concurrido á Córdoba; la Inglaterra y la Alemania.

En la nave del centro en seguida de los escudos de las provincias están á la izquierda de la entrada, los de Italia y Francia, y á la derecha los de Bolivia, el Paraguay y Chile, todos envueltos entre trofeos de banderas de estas nacionalidades.

La luz es recibida en el interior por seis grandes ventanas vidrieras colocadas en ambos frentes, tres á cada lado del gran pabellón saliente del centro, además de una rejilla de madera que corre en todo el largo esta distancia, en la parte superior de cada uno de sus costados.

Además de esto, la nave central recibe la luz en la parte superior por persianas y grandes vidrieras: los dos pabellones de los extremos tienen, en cada uno de sus tres frentes; en los de los costados, una triple ventana acompañada de dos mas pequeñas á un lado y otro de ella, y en los de los extremos ó mojinetas una puerta de entrada y dos ventanas laterales que la flanquean.

En la parte superior de cada uno de los pabellones de que hablamos, tienen una inmensa estrella en los tres frentes, cerrada por vidrios azules, punzoes y blancos.

La vista de que goza el espectador, colocado en la gran fuente del centro del palacio, es uno de aquellos panoramas sorprendentes que es necesario verlos, para admirarlos y comprenderlos. Desde los bordes de esta fuente, en medio de las flores, mármoles, pescados dorados y niños que luchan navegando sobre una inmensa concha anacorada, véanse desarrollarse á un lado y otro, los productos naturales y manufacturados del mundo entero y allá en el fondo, al través de confusos y variados grupos de tantos objetos, brillando á la bella luz del sol de otoño, la lujosa vegetación de las calles de las quintas de Córdoba por la derecha, y á la izquierda, los altos del jardín con las bombas á vapor, los rojos techos de la granja y establos y los profundos escondites, llenos de vegetación espontánea que encierran los socabones que forman esos mismos altos.

Una vez descrito á grandes rasgos el interior del Palacio y su construcción, haremos saber que el interior está ocupado por cada una de las provincias y naciones que han contribuido en las proporciones que expresa la siguiente lista:

	METROS.
Inglaterra.	322 28
Alemania.	110 92
Italia.	38 44
Francia.	38 44
La provincia de la Rioja.	76 22
Salta.	114 33
Catamarca.	76 22
San Juan.	196 60
Córdoba.	234 71
Buenos Aires.	278 47
Entre Rios.	38 44
Santiago.	76 22
Tucuman.	114 33
San Luis.	38 44
Mendoza.	76 22
Corrientes.	76 22
Chile.	27 73
Paraguay.	27 73
Santa Fe.	93 57
Bolivia.	58 22
Brasil.	36 98
Estados Unidos.	227 08
Total.	2,386 49

Aquí terminamos la descripción general, reservándonos tratar mas de la Exposición, cuando recibamos nuevos datos.

VIAJES.

Un viaje de vieja.

PERÚ, DEPARTAMENTO DE JUNIN.

APUNTES DE CARTERA

POR MANUEL GONCHA.

(Continuacion.)

Esta opinion, que á primera vista parece exagerada, no es sino una pálida idea para el que se vea obligado á recorrer este camino, ya para encontrar una temperatura favorable á su salud, ó bien para hacer un estudio geológico, pues este trayecto es magnífico para tal objeto. Nosotros lo emprendimos sin ninguno de estos fines; el motivo que nos obligó á visitar estas regiones fué muy distinto, y á pesar de haber perdido en Jauja á uno de nuestros mas queridos sobrinos, encontramos, sin embargo, un lenitivo á nuestro justo sentimiento, en la contemplación y salvaje aspecto de los Andes, y en la exuberante y lujosa vegetación tropical de la montaña, riquísima region donde todo parece encantado y fuera de los límites de lo natural. Era preciso que así fuera la patria del Amazonas, del soberano de los rios.

Desde Chaclacallo, pequeña reunion de ranchos, á la

que ni aun se le puede dar el nombre de lugarejo, situado á una altura de seiscientos cincuenta y nueve metros sobre el nivel del mar, primera *pascana* ó alojamiento, distante de Lima doce leguas chilenas mas ó menos, el valle, fertilizado por el Rimac, principia á estrecharse poco á poco hasta llegar á presentar, en el resto de su extension, el aspecto de una verdadera quebrada, en la que se ven hasta cerca de Zurco, pequeños algodones perdidos y abandonados en su mayor parte.

Muchos hacendados del Perú, y muchos otros especuladores que no eran hacendados, durante la guerra de los Estados Unidos creyeron hacer gran negocio sembrando algodón, materia que escaseaba en las fábricas europeas, y que entonces, por este motivo, se pagaba á subido precio; principiaron á convertir sus productoras alfalfas en algodones que tuvieron en seguida que abandonar, no tan solo por los inconvenientes que trae siempre consigo una nueva industria en grande escala, ejercida por personas poco prácticas, sino por la conclusion de aquella titánica guerra y por el gran producto de esta mercancía con que Africa principió á abastecer algun tanto el mercado europeo.

Se ven igualmente algunos plantíos de maiz y de yuca, pero en muy baja escala.

Desde la hacienda denominada Chocica, no muy distante de Chacallico, principió á desplegarse ante nuestros ojos una decoración de un aspecto de salvaje grandeza, si es posible expresarse así. Principiamos á ver elevadas montañas despejadas de vegetación que se extendían paralelamente á uno y otro lado del estrecho valle, por los cuales nos era necesario marchar casi siempre á media falda por un camino aéreo semejante á la cornisa de una casa, con un abismo vertical á un lado y al fondo del abismo, el rio despedazándose majestuosamente entre grandes pedrones con un ruido semejante á un mar que principia á agitarse.

Podemos decir, con la mayor exactitud, que el Rimac desde su nacimiento se desliza por un áspero lecho de rocas y estrechado por un bosque, en algunos lugares casi impenetrable, formado de caña brava, sauces, molles, etc., y una multitud de otros árboles que prestan cómodas y seguras guaridas á los ladrones, que abundan en este trayecto á pesar de la patrulla que tiene establecida el gobierno y que recorre la extension de camino comprendida entre Palcache y Chocica.

Podríamos narrar muchos curiosos episodios acerca de los ladrones de este camino y sus robos; pero este no es nuestro objeto: solamente diremos que son generalmente negros y que pocas veces asesinan; su objeto es robar y casi siempre al robado le dan alguna pequeña cantidad para que continúe su viaje ó llegue adonde Dios le ayude.

Hasta la cordillera de Antarganga ó Morococha, jamás se abandona la ribera del Rimac á menor distancia de doscientos metros; por manera que desde el puente de Lima se le ve progresivamente disminuir hasta la cordillera, en cuyo lugar su cima y nacimiento es un pequeño cono no siempre cubierto de nieve.

M. Croenier en un viaje geológico por esta parte del Perú dice:

«Siguiendo el rio Rimac hasta Matucana y San Mateo, el terreno es extratificado y hasta este último punto compuesto de pórfiro abigarrado; conociéndose que un brusco sollevamiento ha causado un trastorno completo en las estratas, cuya direccion é inclinacion no es posible explicar de un modo general por su constante variacion.»

Hay situaciones verdaderamente imponentes y grandiosas. Nos vimos obligados á caminar mas de dos dias por una quebrada tan estrecha como el rio, formada por encumbradísimas montañas, á las que se nos figuraba tocar con solo abrir los brazos, y tan perpendiculares y despojadas de vegetación, que nos presentaban el aspecto de descarnadas murallas elevadas por genios mitológicos.

El caprichoso ziz-zag de esta ruta nos colocaba repetidas veces en situaciones en que, por indiferentes que fuéramos, no podíamos menos de detenernos y contemplarlas llenas de admiración, pues lo que nos rodeaba era imponente.

No lo olvidaremos: en una ocasion nos encontramos suspendidos sobre un precipicio vertiginoso, á cuyo alrededor solo veíamos un círculo, verdadero círculo trazado por un compás colosal y formado por desahoradas montañas de rocas, pero de tal configuración, que al elevarse iban contrayendo el círculo, por manera que el que presentaban en la superficie de sus desiguales cumbreras, era, en gran parte, menor que el formado por sus colosales cimientos. Admirados ante tanta grandeza de tan salvaje aspecto, tornamos los ojos á nuestro alrededor y solamente vimos por doquier titánicas murallas que parecían que se iban á desplomar sobre nuestras cabezas. El lugar por donde penetramos habia desaparecido por las vueltas que nos fué preciso hacer; el de nuestra salida nos era igualmente desconocido é invisible. Nos encontrábamos suspendidos sobre un precipicio que tenia para tragarnos sus fauces abiertas constantemente; estábamos convertidos en el punto céntrico de aquel círculo que formaba la base del cubilete colosal formado por los Andes.

El viajero antes citado, hablando de este paso, dice: «Un poco mas abajo (al Oriente) de San Mateo, las capas se han separado paralelamente al plano de extratificación, resultando aquí escarpaduras ó barrancos verticales de mas de trescientas cincuenta varas de altura sobre el fondo de la quebrada y que ya parece que fueran á desplomarse.»

Todo esto tiene un aspecto desolador, salvaje y triste, pero sublime é imponente. Un ruido solamente se oye: los tumbos del rio que se despedaza á gran profundidad entre colosales rocas despedradas de las montañas por algun sacudimiento volcánico, en las que se ven, en forma de nichos, el lugar que ocuparon en otra época.

La soledad es absoluta y ni aun se ve al atrevido condor, rey y señor de los Andes. Uno que otro quisco de raquílica estructura extiende penosamente sus descarnados brazos por entre las grietas.

Algunas veces nos veíamos obligados á trepar una escalera de piedra de un metro de ancho y de desiguales escalones ó tramos, cuya ascension, además de peligrosa era difícil, y dependía nuestra vida de una mala pisada de la mula, porque tal es la caballería que requiere este camino; así es el paso denominado el Infiernillo, cuya escalera es de mármol abigarrado; otras veces caminábamos por senderos aun mas estrechos, conservando siempre el insondable precipicio á un lado, y la elevada y perpendicular montaña al otro.

Y tanto mas peligrosa nos parecía la ruta, cuanto que nuestra caballería tenia que caminar por el borde del precipicio, derrumbando los menudos guijarros por que nos era preciso seguir paso á paso á los animales de carga, que por instinto de conservación caminan por la orilla para no chocar con la muralla formada por la montaña; de esta manera se explica cómo un animal, con una carga de algun volumen, puede transitar por esos aéreos surcos mas bien que caminos.

El Rimac presenta tambien algunos accidentes encantadores á fuer de imponentes.

Precipítase furioso desde lo alto de una escalinata de sólidas rocas, ostentando las mas fantásticas cascadas, ya en forma de elegante peine, cuyos dientes son otros tantos hilos de murmuradora agua; ora en vaporosos cortinajes que se asemejan á un tejido de plata con violados cambiantes y mil otras formas para precipitarse en seguida, cual un torbellino espumoso y rugiente, por entre las arquerías de un puente salvaje formado por grandes moles de lava y granito desgajadas de las cimas de las montañas.

Como para formar un contraste con este aspecto de grandiosa y salvaje soledad, en el que la naturaleza muestra con inusitado lujo sus gigantes formas, se ven en las pequeñas entrantes de las bases de las montañas, pajizas chozas, tales y como debieron ser las de los primitivos pobladores; á su alrededor se distinguen casi siempre pequeños sembrados de maiz de grano negro llamado jora, con el que fabrican una chicha de saludables efectos no bebida con exceso, ó bien una raquílica sementera de trigo ó cebada.

El traje original del cholo, siempre á pié tras de sus recuas de asnos ó llamas, la ausencia de todo objeto que revele la actual civilización, el camino en estado de pura naturaleza, etc., todo contribuía á que nos formáramos la ilusion de que éramos el primer hombre de otras regiones que penetraba en esa comarca.

Nos llamó igualmente la atención las ruinas que con frecuencia vimos de antiguas poblaciones de súbditos de Manco Capac y Atahualpa.

Están generalmente situadas en eminencias y siempre á corta distancia del rio. Algunas hay de tapias ó adobones; pero la mayor parte son de pircas prolijamente trabajadas. Estas aldeas ó ciudades, debieron haber sido un verdadero dédalo; en ellas no se distinguen calles, apenas hay pasillos por el que no pueden pasar dos hombres de frente, y los aposentos son tan estrechos que el mayor no contará tres metros de largo por uno y medio de ancho; al menos tal demostraban las ruinas que nosotros examinamos.

La total ausencia de huacas (1) en estos lugares hace creer con bastante fundamento que sus pobladores fueron pobres; hánse encontrado solamente algunos utensilios de arcilla en corta cantidad y de muy escaso mé-

(1) Tesoros que ocultó la ciega ignorancia de los antiguos gentiles en sus sepulcros, que el vulgo llama *Huacas*, y tienen no poco que admirar.

Entre las muchas costumbres bárbaras que les observaron los españoles, fué una la del modo de enterrarse, arrebatados de su idolatría, en unas suntuosas sepulturas llenas de adornos y de aquellas especies de su mayor estimacion... Diremos algo sobre los descubrimientos mas felices que se han hecho en estos valles desde la conquista, empezando por el hijo del primer cacique llamado *Chimunchancha*, quien en el año 1560 manifestó á Garci Gutierrez de Toledo la huaca ó depósito del tesoro de sus antiguos soberanos ascendientes llamada *Yomayoaguan*, á una legua de esta ciudad (Trujillo). Se extrajeron de ella en peces, animales y otras piezas curiosas de oro, abundantes riquezas; pues al rey por sus reales derechos le tocaron la primera vez 85,547 castellanos, y se reservaron á beneficio de los indios de los pueblos de Manciche y Huaman 39,062 pesos 4 reales, que impuestos á censo, sirvieron á su comunidad.

En el año 1592 se volvió á trabajar este mismo sepulcro, y rindieron solo á favor de la real Hacienda, sus tesoros 47,020 castellanos, de modo que por ambas sumas percibió S. M. 135,547. Todavía se ven en sus ruinas las puertas ó conductos por donde se elaboraban; y son tantas y en un orden tan confuso sus veredas, que entrando me he perdido en ellas.

Conócese por la huaca de Toledo, y en tiempos posteriores han hecho varias pruebas, y han trabajado los solícitos, para ver si desbaratando este promontorio hallan algunos restos de estos tesoros escondidos. (Antiguo *Mercurio Peruano*. Tomo 2º, páginas 159 y 161).

rito; en cambio, en otros departamentos se han descubierto muchas que encerraban tesoros.

A pesar de que los indios conocían el sistema de irrigación, como lo atestiguan los acueductos que conducían el agua á largas distancias salvando insuperables dificultades, y que hoy son, con sobrada justicia, la admiración de los viajeros, aprovechábase tambien de los torrentes y cascadas que, descendiendo de las cumbres de las montañas mas verticales, formaban desde la base hasta el descenso del agua, gradas de pircas horizontales al torrente y á uno y otro lado, lo que contribuye á prestar á esas montañas el aspecto que deben presentar las pirámides de Egipto. Sobre las plataformas de estas gradas ó escalones, hacían sus siembras y regábanlas con facilidad y sin desperdiciar agua, puesto que las filtraciones de las gradas superiores refluían en beneficio de las inferiores que, indudablemente, debieron ser las mejores y por consiguiente las mas estimadas.

De estos trabajos, de mas ó menos extension, se ven muchos.

Actualmente, lo que habla muy alto en favor de la proverbial desidia de los cholos, de algunas de estas antiguas obras se aprovechan ellos.

En mucha parte del camino se ven chirimoyos silvestres, nacidos sin duda por semillas arrojadas al acaso por el viajero; pero como no tienen cultivo, su fruto es escaso y de mal sabor.

El valle del Rimac presenta mucha escasez en reptiles, y en insectos muy poca variedad. En aves es mas abundante, porque pueden verse tordos, diminutos papamoscas ó picaflors, algunos del tamaño de un abejorro, pero no de esmaltados plumajes, loros de brillantes colores, periquitos, cuculies, palomas torcaes, jilgueros, mirlos, zorzales; la preciosa *putilla* ó *piches*, del tamaño y forma de un canario, con la cabeza y cuerpo rojo del mas vivo color y las alas negras; la elegante *luiba*, mayor que la anterior, del color de una naranja, con alas negras pintadas de blanco.

Las principales pascanas ó alojamientos que existen en el trayecto comprendido entre Lima y la cordillera son: Chacallico, Cocachaca, pequeña aldehuela de cien habitantes; Zurco, mayor que la anterior y por consiguiente de mas recurso; San Juan de la Matucana y San Mateo. Hay además algunas haciendas, como Chocica, por ejemplo, en donde se recibe franca hospitalidad; pero no aconsejamos que ningun viajero se aloje en la hacienda llamada Santa Ana ó Candelaria, perteneciente á un italiano, el hombre mas miserable que se puede imaginar, porque por mucho dinero que lleve, está expuesto á perecer de hambre ó por lo menos á enfermar de incomodidad.

Desde la cordillera de Antarganga, que cuenta catorce mil piés de elevación sobre el nivel del mar, descendiendo hacia el Oriente, se principia á seguir á corta distancia el rio Jauja.

En esta parte del camino todo es distinto del anterior, todo cambia de aspecto; á la aridez del terreno sucede una vegetación raquílica compuesta de extensos gramales llamados pastos de puna; á las elevadas y pedregosas montañas suceden otras de un orden mas inferior que contienen tierra vegetal; los caminos, de estrechos y peligrosos, se convierten en planos y algun tanto cómodos, por largas llanuras de rulo de excelente terreno para siembras, pero que sin embargo permanece virgen y solamente produce un pasto espontáneo y poco nutritivo, sin duda á causa de la altura en que se encuentra y de los frios excesivos á que está sujeto.

(Se continuará.)

El teatro de Angers.

La ciudad de Angers cuenta un nuevo monumento. Tenia ya su catedral, monumento histórico del siglo XII; su palacio episcopal, otro monumento histórico edificado en el sitio que ocupaba el castillo de sus antiguos condes; sus numerosas iglesias, como San Martín, San Sergio, la Trinidad, la Magdalena, etc.; su casa de ayuntamiento, su escuela de Artes y Oficios, su Museo, del tiempo del Renacimiento, y otros muchos monumentos á cual mas notables.

Faltaba un teatro, y quiso tenerle y que fuera digno de figurar entre tantas y tan bellas construcciones.

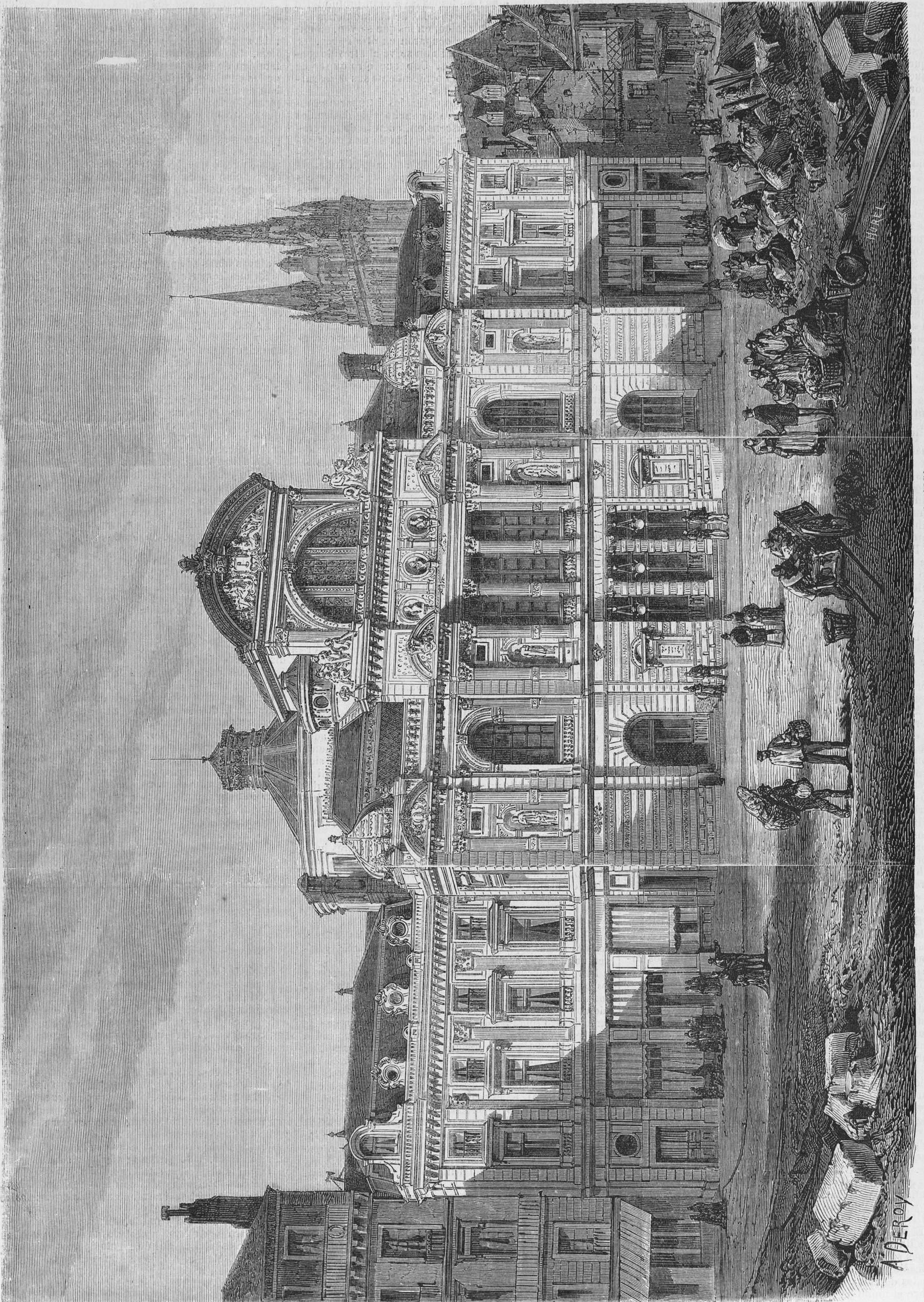
El nuevo edificio está situado en una plaza grandiosa que permite admirarle como se merece por su conjunto y sus detalles. Nuestro dibujo nos dispensa de hacer su descripción al mismo tiempo que su elogio. Al penetrar en su interior, todo llama la atención sobremanera, la maravillosa disposición de los vestíbulos, del gran salón de descanso, de la sala con las localidades tan cómodas; en suma, se convence uno de que el teatro de Angers es un gran modelo.

Su ornato es bello y lujoso.

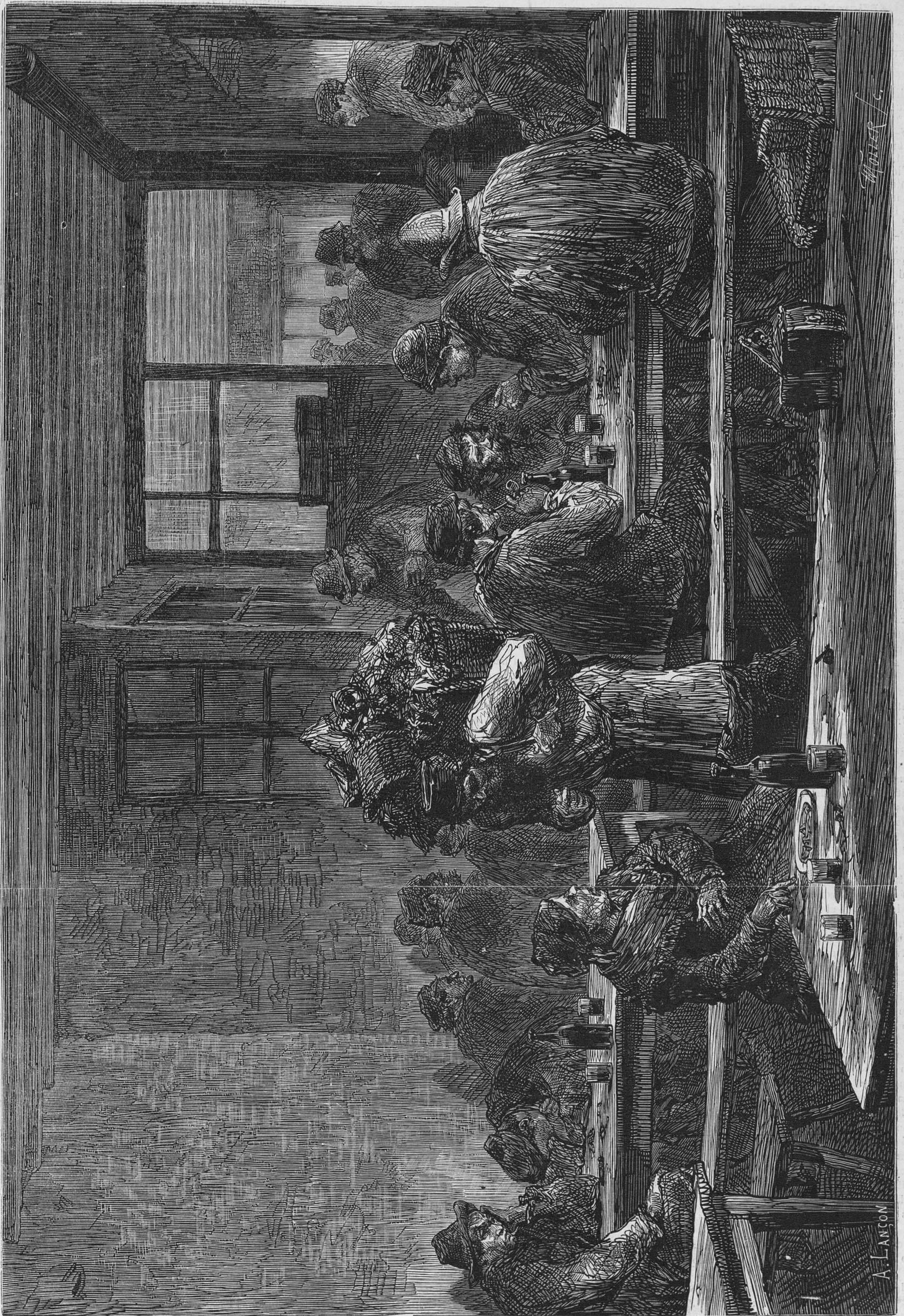
El teatro de Angers ha costado un millón de francos y tiene puestos para mil doscientas personas. Su arquitecto es M. Magne, á quien se debe el bonito teatro del Vaudeville, en París.

Los artistas del Teatro Francés inauguraron el teatro de Angers, el sábado último.

C. P.



El nuevo teatro de Angers, inaugurado el 11 de noviembre de 1871.



MISTERIOS DE PARIS. — El Petit-Masa, taberna de los traperos.

Misterios de Paris.

EL « PETIT-MAZAS, » Ó LA TABERNA DE LOS TRAPEROS.

Damos hoy otro dibujo continuando la curiosa serie de estos nuevos Misterios de Paris, dignos de ser conocidos.

El *Petit-Mazas* es una taberna de traperos, una guarida abierta en un pueblecillo contiguo á Paris, Levallois-Perret, á todo ese mundo de los Miserables que ha cantado Victor Hugo y que Eugenio Sue pintó con su vigorosa pluma.

¿Quién no recuerda en los «Misterios de Paris,» la taberna de la *Ogresse*, con su sorprendente y temible clientela?

El *Petit-Mazas* no puede decirse que es lo mismo, pero se parece. Si no es el crimen, es la miseria en su aspecto mas horrible, la miseria que se abandona y que por falta de valor pide á la embriaguez el consuelo y el olvido.

Las paredes peladas chorrean la humedad, reinando allí una pesada atmósfera impregnada en las emanaciones del vino, el aguardiente y el tabaco, con las que se mezcla ese olor particular y nauseabundo de los harapos que se han arrastrado por los arroyos. Mesas cojas y bancos estropeados; aquí y acullá cestos de traperos, botellas y vasos por todas partes, y en torno de las mesas... Pero no hablemos de los parroquianos. Digamos solo que son dignos del lugar.

C. P.

Revista de Paris.

Las vacaciones de la Asamblea nacional tocan á su fin, y en vísperas de reanudar sus tareas el 4 de diciembre, muchos diputados aparecen ya en Versalles, con lo cual todas las pasiones políticas adormecidas unas cuantas semanas, vuelven á encenderse. Nos espera un invierno lleno de agitaciones, si son ciertos los planes que se atribuyen á los diferentes partidos ó grupos que levantan hoy bandera. Un periódico inglés cuyas apreciaciones son muy leídas y muy comentadas en toda la prensa de Europa ha trazado estos últimos días una estadística de los partidos que hay en Francia y ha llegado á contar hasta diez y seis bien definidos. Los diarios de Paris han traducido ese instructivo cuadro del *Times*, que es el periódico á que nos referimos, y algunos le felicitan porque ha acertado á clasificar toda esa infinidad de divergencias políticas.

Desde luego señala los cuatro grandes partidos tradicionales, legitimista, orleanista, imperialista y republicano, y despues los subdivide de esta manera:

Entre los legitimistas señala el primer término á los blancos puros, los que creen en la profecía de Orval y en las leyendas sobre el gran papa y el gran rey; en caso de muerte del conde de Chambord, estos elegirían por su sucesor al duque de Madrid antes que al conde de Paris, con cuyos partidarios no quieren confundirse nunca. Sus órganos oficiales son la *Union* y el *Mundo*. Su número es escaso y les sostiene en los campos la minoría clerical ultramontana.

Siguen los blancos mestizos, que reconocen igualmente el derecho divino como un dogma religioso, pero que se hallan dispuestos á cambiar la bandera blanca por la tricolor.

Sin embargo, aun tienen bastante apego á las tradiciones de su partido para aceptar la fusion con sus antiguos enemigos, que son los orleanistas. Su aspiracion consiste en sentar en el trono á Enrique V como monarca constitucional.

El alto clero galicano está por este partido, que defiende el periódico la *Gaceta de Francia*.

El diario inglés forma otra clase de legitimistas con los que no atribuyen al derecho divino ningun carácter religioso, y preconizan al conde de Chambord como representante temporal de la monarquía hereditaria.

Finalmente, hay una cuarta clase de legitimistas que admitiendo ó no admitiendo el derecho divino, se inclinan á fusionar con los orleanistas para fortalecer la accion de los dos partidos.

A esta última clase pertenecen Monseñor Dupanloup y la pequeña falange de los sacerdotes liberales.

En otras cuatro clases subdivide el *Times* á los orleanistas.

La primera es naturalmente la de los puros, la de aquellos que no reconocen por soberano legítimo sino al conde de Paris.

Estos orleanistas no trabajan con gran empeño en hacer triunfar su opinion, que sostiene en la prensa el *Journal de Paris*.

La segunda clase corresponde á los partidarios del duque de Aumale, los cuales haciendo abstraccion de la sucesion directa, que consideran de ninguna importancia, buscan ante

todo al mas digno y capaz de todos los miembros de la familia, y juzgan que el duque de Aumale llena esas condiciones.

El *Français*, el *Journal des Débats* y otros que en la actualidad defienden el actual orden de cosas por su carácter esencialmente provisional, se harían, llegado el caso, los ardientes campeones de la causa del duque de Aumale.

La tercera clase comprende á los fusionistas puros, ó sea los que pretenden que los Orleanes no deben subir al trono sino apoyados en los Borbones á fin de que alcancen así la solidez y el derecho legal que no les dió la Revolucion de 1830.

Por último, en la cuarta clase entran los orleanistas trans-fugas, aquellos que por una ú otra razon han abandonado al partido para adherirse á la República. En esta categoría se cuentan M. Thiers, M. Casimiro Perier y otros personajes importantes, altos funcionarios y diputados.

Llegamos al partido republicano.

Hé aquí los republicanos moderados.

Á juicio del diario inglés, estos constituyen un partido, que sin darse cuenta de la significacion precisa de la forma republicana, aceptan el gobierno que hoy existe y tratan de conservarle.

Siguen los radicales que, ignorando lo que es el verdadero gobierno republicano, no hacen mas que viciar su principio con sus marcadas exageraciones.

Sin embargo, aceptan tambien el gobierno actual, pero no le respetan como los moderados.

Á mayor abundamiento, el grupo de los radicales se subdivide en una multitud de fracciones.

En tanto que unos quieren emplear solo los medios morales, otros careciendo de toda habilidad y de toda experiencia política, vacilan en la cuestion de conducta.

Sus mayores enemigos son los periódicos que han abrazado su causa como el *Siecle* y otros del mismo ó parecido matiz político.

Los rojos se distinguen de estos en que tienen todavía menos experiencia, y con sus violencias comprometen la existencia de la República.

Al fin de la clasificacion republicana vienen los socialistas y los comunistas, que aspiran á cambiar la organizacion social en favor de los trabajadores, empleando para ello todos los medios, hasta los mas criminales.

Las fracciones de los socialistas y de los comunistas son infinitas.

Lleamos á la conclusion, al partido imperialista, que el diario inglés divide en tres categorías.

La primera aspira lisa y llanamente á la restauracion de Napoleon III. Su número es desconocido, porque toman diferentes formas, y á veces disfraces muy propios para enganar á todo el mundo.

Su órgano principal en la prensa es el *Univers*.

En la segunda categoría están los que quieren la regencia porque temen la restauracion de Napoleon III. En resumen, aspiran á que vuelva una dinastía cuyo inesperado derrumbamiento ha venido á cortar su fortuna.

Constituye la última categoría el partido del príncipe Napoleon.

El diario inglés juzga que el pueblo francés ha juzgado mal al príncipe Napoleon, y que llegará un día en que comprenderá que estaban hechos el uno para el otro.

Dejando aparte las ironías que abundan en esta clasificacion general de los partidos en Francia, como por ejemplo la última, no puede menos de reconocerse que el estado de la opinion está dividido hasta un extremo verdaderamente indescifrable.

Pero ¿no será quizás esta division la que haga triunfar lo existente? Asi lo esperan muchos hombres de Estado y esas grandes masas de las ciudades que quieren la paz y el orden ante todas las cosas.

Si la cuestion interior aparece tan ocasionada á trastornos y conmociones, la exterior no presenta un aspecto mas favorable.

Por do quiera que tendemos los ojos no vemos mas que preparativos de guerra: todas las cuestiones militares están á la orden del día en todos los pueblos.

Aquí se reorganizan los ejércitos; allí se arman plazas fuertes, en otra parte se cambia el armamento y se trazan nuevas fortificaciones.

Que la Francia que se ha quedado sin ejércitos trabaje sin descanso en volverlos á poner en pié, que haga construir cañones y fusiles, que busque mejores sistemas para todo lo militar que los que han producido los frutos que todos sabemos, nadie puede extrañarlo; pero que la Alemania triunfante se consagre sin descanso á igual tarea, es una cosa muy propia para dar en qué pensar á propios y á extraños.

Con efecto, todos los días leemos en las correspondencias de Alemania, lo que se afanan en esta obra los prusianos.

Mientras los militares retirados despues de la guerra cobran pensiones cuyo total asciende á una suma fabulosa, el gobierno acaba de dar orden de poner en buen estado las fortificaciones de las plazas fuertes que han caído en sus manos.

Hé aquí las disposiciones que van á tomarse en Estrasburgo, en Metz y en los Vosgos. En Estrasburgo se trata de construir catorce fuertes avanzados, de ellos cuatro cerca de

Khel, en la orilla izquierda del Rhin. En Metz se aumentarán considerablemente las antiguas obras de fortificacion, puesto que hay el propósito de establecer siete nuevos reductos destinados á la defensa de los cerros. Todos los desfiladeros de los Vosgos van á quedar en comunicacion por medio de obras de defensa construidas en todas las alturas.

Prusia transformará en breve su armamento. Se abandonará el fusil de aguja, cuyas ventajas tanto se ponderaron en Berlin antes de la guerra, en razon á que ahora se le encuentra demasiado pesado y se reconoce que deja que desear en punto á alcance y precision.

El número de los chassepots que cayeron en poder de las tropas prusianas durante la guerra es considerable. Segun parece, el ministro de la Guerra de Berlin se propone utilizar los cañones y las cajas de dichas armas. Se han examinado varios proyectos, y se ha dado la preferencia al que consiste en sustituir al sistema de aguja de Chassepot un sistema de percusion.

Se ha reconocido tambien que los cañones de acero son defectuosos, que revientan con frecuencia y que las estriás se gastan pronto. Todos los cañones de acero van á abandonarse, sustituyéndolos con cañones de bronce fundidos, utilizándose para ello todos los que se cogieron en los fuertes franceses y en las plazas de guerra, ó que hubo que entregar en virtud de las capitulaciones de Sedan, Metz y Paris.

La fábrica de armas de Krüpp se encargará de ejecutar la transformacion que se proyecta, dejando subsistente el sistema de culata usado hasta aquí.

Entre tanto el estado mayor del emperador de Alemania no se está ocioso.

En Prusia el estado mayor hace de vez en cuando excursiones para verificar estudios estratégicos, y durante ellas estudia las posiciones bajo el punto de vista ofensivo y defensivo, y manda ejecutar las obras acordadas por el Consejo superior del estado mayor.

Tales son los preparativos que hacen los prusianos.

En cuanto á los franceses, como ya hemos dicho, no des cuidan ni mucho ni menos las cuestiones militares.

Parece ser que el ejército francés constará de 150 regimientos, ó sean treinta y dos mas que en la época de Napoleon III.

La artillería se duplicará, pues habrá cuatro piezas por cada mil hombres, el doble de la que había en la última campaña.

El servicio será obligatorio y durará siete años, cuatro en el ejército activo y tres en la reserva.

Despues de este tiempo los soldados pasarán á la landwehr.

El reclutamiento se hará por regiones, al estilo prusiano.

Los cuerpos de ejército, en número de veinte, se apoyarán en las líneas de los ferro-carriles á fin de que la movilizacion se pueda hacer mas rápidamente.

Estos cuerpos de ejército no comprenderán mas de dos divisiones de infantería, con lo cual su mando será mas fácil.

La nueva organizacion militar exigirá un recargo de 80 millones de francos en el presupuesto del ministerio de la Guerra.

Esas son las bases fundamentales del proyecto que dicen debe presentarse á la Asamblea nacional en los primeros días de diciembre.

Hé aquí lo que llama la atencion, lo que ocupa la prensa, lo que forma el principal asunto de todas las conversaciones.

El espíritu de partido lo aprovecha todo para sus propias miras.

Descendiendo de las regiones de las teorías hasta los hechos mas palpables, todo se comenta y se aprecia con arreglo al criterio del que habla ó del que escribe.

Si los partidarios del sistema actual dicen que la Francia se reanima, que el trabajo vuelve á los talleres, que Paris recobra su vida de costumbre, inmediatamente los enemigos contradicen.

— ¿Cómo podeis decir que Paris ha vuelto á su estado normal, cuando segun los datos oficiales de la policia hay en la capital mas de 50,000 casas vacantes?

Y sobre este tema se discute el pró y el contra entre personas que pueden juzgar por sus propios ojos.

En grandes perplejidades se encontrarán los historiadores futuros que tengan que juzgar los acontecimientos presentes por las afirmaciones de la prensa contemporánea! El prurito de contradecir lo que todos vemos, llega á tal punto que no se desperdicia la ocasion aparentemente menos importante.

Por ejemplo, se dice que en tal ó cual teatro con motivo de una funcion notable hubo una brillante concurrencia, y al punto viene la negacion mas rotunda y mas categórica.

El tema de que « falta la confianza mientras no se instale tal ó cual gobierno, » que algunas veces se insinúa y las mas se calla, es inagotable.

Se nos ha ocurrido esa observacion sobre el teatro, porque en efecto, se ha hecho con motivo de la primera representacion de una comedia en un acto de nuestro amigo M. Cadol, titulada: *Une Amourette*, y que ha obtenido un éxito completo y muy justificado,

Podríamos citar el periódico que ha sostenido que la sala estaba casi vacía y que los coches que esperaban á la puerta no pertenecían á familias aristocráticas.

Ambas afirmaciones son exageradas.

Por lo que hace á la nueva pieza, ofrece esa sencillez en su argumento que dió tanto nombre al autor de los *Inútiles*.

Es un amor juvenil contrariado por razones de familia, que al cabo se vencen. Hay interés, mucha observación y una delicadeza de sentimientos expresada admirablemente.

Nada notable en los demás teatros.

Se espera próximamente la representación de una obra de grande espectáculo, escrita por Victoriano Sardou durante la guerra, y que se titula: *el Rey Carotte*; pero es probable que este título tan significativo desaparezca.

Se habla de gastos extraordinarios que se han hecho para presentar la nueva producción con un lujo inmenso.

La obra está dividida en tres actos y veinte cuadros, cada uno de ellos con su título correspondiente. Tiene bailes de grande aparato, coros numerosos, decoraciones de sorprendente efecto; en suma, las indiscreciones de bastidores nos prometen un espectáculo nunca visto.

MARIANO URRABIETA.

La asociación internacional

DE TRABAJADORES.

Hace unos cuarenta años, cuando las revoluciones triunfantes esparcieron por los vientos los tratados de la Santa Alianza, abortaron las tentativas de la democracia europea para entrar en las combinaciones internacionales. Las clases obreras no aparecían todavía en la lucha como un cuerpo político distinto, y seguían á jefes que solo tenían agravios nacionales que reparar y ninguna opresión internacional común que resistir. La primera tentativa afortunada para una combinación internacional, procedió de un corto número de obreros alemanes en Londres, que habían sido expulsados de Francia en 1839 por haber tomado parte en un motín en París. Por aquel tiempo había diversas asociaciones de trabajadores alemanes en Francia y en Suiza en constante comunicación una con otra, cuyo principal objeto era la propagación de las teorías comunistas. Eran cosmopolitas, como es de suponer. El pequeño grupo que se había reunido en Londres fundó una sociedad sucursal en febrero de 1840, llamada *German Arbeiter Bildungs Verein*. El reglamento de esta sociedad fué impreso en alemán, inglés, francés y sueco. Sus miembros eran en su mayor parte alemanes, pero había gran número de húngaros, polacos, daneses y suecos. De los pocos miembros ingleses, era uno de ellos Ernest Jone. Los hombres de palabra de esta sociedad estaban en buenos términos de amistad con los socialistas ingleses, los cartistas y la sociedad democrática francesa de Londres. De estas relaciones nació la sociedad de los demócratas fraternales de la que fué secretario correspondiente Julian Harney, que se opuso á lord Palmerston en Tiverton en las elecciones de 1847. Los demócratas fraternales estaban en correspondencia con varias sociedades democráticas de Bélgica, de las que era una de ellas la sociedad de trabajadores alemanes de Bruselas.

En noviembre de 1847 se celebró en Londres una conferencia comunista alemana, á la que asistió el doctor Karl Marx, residente á la sazón en Bruselas. En esa conferencia fueron desechadas las antiguas teorías comunistas, y se sustituyó á ellas un manifiesto del partido comunista redactado por Karl Marx y Frederick Engels. En ese manifiesto se decía:

« Los comunistas no tienen partido alguno que se distinga del de los demás trabajadores. No tienen intereses separados de los intereses de todo proletario, y no establecen principios particulares, con arreglo á los cuales quieran modelar el movimiento del proletariado. Se distinguen por una parte de otros grupos de trabajadores por la defensa de los intereses comunes, que son independientes de la nacionalidad, de todas las clases en las luchas nacionales; y por otra parte, porque representan los intereses del movimiento común en los diferentes grados de desarrollo por los que tienen que pasar la lucha entre los asalariados y los capitalistas. El objeto inmediato de los comunistas es el mismo que el de otros grupos de proletarios: la destrucción del régimen de los capitalistas por la adquisición del poder político.»

Las medidas practicadas que se sugerían como aplicables en los países más adelantados, eran: la abolición de la propiedad individual sobre la tierra, la centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional, la centralización de los medios de transporte en manos del Estado, los talleres nacionales, la reclamación y mejoramiento de la tierra bajo un plan común, y la educación gratuita de todos los niños. Todo el manifiesto tendía á poner en relieve la acción hasta entonces predominante de que la sociedad podía ser reformada por el atrevido plan de un hábil pensador, y á

demostrar que eso debía hacerse por la misma población que sufre.

El manifiesto debía ser impreso en varios idiomas. Al mismo tiempo los demócratas fraternales se preparaban á celebrar un Congreso internacional público en Bruselas el siguiente año, al cual debía ser invitada la democracia de Europa; pero la revolución de febrero desbarató ambos proyectos. [Después que cayó la revolución se hizo una tentativa para formar una alianza internacional entre los revolucionarios desterrados, pero no tuvo resultado. Algunos se contentaron con intentar una laboriosa campaña propagandista, y trabajando bajo la mala sombra de una derrota no tuvieron secuaces y no se ofrecía perspectiva alguna para las operaciones actuales. Se necesitaba una nueva generación de trabajadores para acometer la empresa, y cuando esta se acometió, se hizo impremeditadamente.

La contienda de los constructores de Londres en 1859 hizo surgir un grupo de unionistas menestrales que eran desconocidos del público en general. Durante la contienda se contrajeron amistades y alianzas entre los que sobrevivieron á ella, las cuales tendían á unir á los trabajadores más estrechamente de lo que estaban hasta entonces con un objeto defensivo. Habían arreglado sus conexiones lo mejor que pudieron á fin de estar preparados para las contingencias futuras, principiaron á dirigir sus esfuerzos hacia la política. En 1860 se estableció una « asociación de unionistas menestrales, sufragio universal y votación por papeleta » con la divisa « unidos conquistaremos, » de la que fué presidente G. Odger y secretario T. G. Farcey. No se estableció con la mira de proporcionar cargos lucrativos á algunos favoritos, puesto que una de las reglas prevenía que « todos los cargos fuesen gratuitos. » Habíanse celebrado con éxito algunos meetings antes de que estallara la guerra de los Estados Unidos. Al estallar esta se creyó prudente suspender las operaciones y usar de toda la influencia que pudieran tener los socios en favor del Norte para contrarrestar la corriente de la opinión pública, que se suponía inclinarse en favor del Sur.

La guerra italiana, la guerra de los Estados Unidos, la expedición á Méjico, el asunto del Scheleswig-Holstein y la insurrección polaca fueron acontecimientos los más á propósito para llamar la atención de la clase obrera hacia la política exterior y hacia las intrigas diplomáticas. La nueva bandada de obreros tuvo mucha obra de mano en la guerra norte-americana, y antes de que se decidiese definitivamente la suerte de la Unión, se dedicó á fomentar la agitación en favor de Polonia, por lo cual cooperó con la liga nacional para la independencia de Polonia. Pero todas estas cosas juntas no llegaron á engendrar la idea de ponerse á trabajar seriamente para establecer una sociedad democrática internacional.

La Exposición internacional de Londres de 1862 proporcionó á los obreros de París una ocasión para relacionarse unos con otros. Se creyó útil que una diputación de obreros visitase la Exposición; pero se hicieron objeciones al gobierno ó á los empleados encargados de elegir los comisionados para dicho objeto. En consecuencia de esto, desistió el gobierno y se concedió permiso á cada ramo de industria ó comercio para elegir sus propios delegados: á todo obrero que podía probar que pertenecía á cualquiera de dichos ramos se le concedía votar. En esa diputación, lo más selecto de los obreros de París se puso en contacto personal recíproco. La importancia que se dió á esta concesión aparece de una carta escrita por un obrero que dice:

« Es este un punto importante, porque pone en manos de los trabajadores la dirección de sus propios asuntos. Es un principio de verdadera emancipación.»

Y más adelante añade:

« Será un punto de partida para la realización de nuestros deseos, una de las piedras angulares de un movimiento más elevado.»

La diputación, á su llegada á Londres, fué saludada con un mensaje por la comisión de recepción de los obreros franceses, en el que se expresaba la esperanza de que no estuviere lejos el tiempo de que los obreros de diferentes países comprenderían que sus intereses eran idénticos. Un cambio de ideas y de observaciones los acercaría más á las verdaderas obras de economía social. Los visitantes franceses replicaron que las clases trabajadoras de todos los países debían marchar, dándose las manos, á conquistar su libertad por una santa unidad de esfuerzos. También estas palabras se las llevó el viento, y la visita de la diputación á nada condujo que se pareciera á una alianza internacional. Los organizadores ingleses de movimientos, los unionistas menestrales, nada tenían que hacer con la comisión que tenía á su cargo cuidar de los obreros franceses, aun cuando esa visita tuvo una influencia indirecta en el subsiguiente establecimiento de la Internacional.

Con la Exposición había hallado la delegación un modo de comunicar con los talleres, de lo cual sacó partido. Apenas había vuelto la delegación y dado su informe, cuando estalló la insurrección polaca, que causó grande excitación en París. Al principio las inclinaciones del emperador parecían favorables á la Polonia; pero se creyó que lord Palmerston podría ser influido por la presión popular, y la democracia de París aprovechó gozosa la ocasión de alentar al emperador. Unos cuantos millares de obreros presentaron mensajes de simpatía al príncipe Czartoryski y al gobierno nacional de Polonia. Cuando empezó á moverse el espíritu público, se corrió la voz entre los talleres para recolectar dinero, á fin de pagar los gastos de una diputación á Londres. Los talleres respondieron, y fueron nombrados Tolain, Perrachon, Limousin, Pere y Cottadon.

Habíanse celebrado meetings en todo Londres, á los cuales asistían los polacos; pero nadie sabía que los obreros parisienses ó parte al menos tuviesen noticias particulares de ellos, aunque se habían hecho alusiones á las disposiciones favorables del emperador de los franceses. Los obreros de París habían aguardado al gran meeting polaco, que debía celebrarse en el salón de Saint-James el 22 de julio de 1863. En mitad de la sesión, sin previo aviso alguno, se presentó en la plataforma la diputación de París, que pidió la cooperación de los trabajadores de Inglaterra para libertar á Polonia, y fué recibida con entusiasmo.

Después del meeting fueron invitados los franceses á un salón público inmediato, donde se habló del asunto, y se acordó celebrar un meeting especial en la tarde siguiente en Bell Inn, Old Bailey, para discutir la manera de llevar á efecto una alianza internacional de los trabajadores. M. George Odger fué invitado á estudiar un proyecto y á proponer las bases sobre que pudiera fundarse una alianza de ese género; pero el asunto fué promovido tan inesperadamente, el tiempo era tan corto y la cosa de tanta importancia que apenas pudo hacerse más que tomar un acuerdo de que se formaría una alianza internacional. M. Odger insistió en la necesidad de poner término á las intrigas diplomáticas, estableciendo la paz universal y protegiendo el trabajo contra las agresiones del capital. Los franceses no opusieron objeción, pero preferían que se limitasen sus esfuerzos por el momento á la libertad de Polonia. Nombróse para que estudiase el asunto y diese cuenta á un futuro meeting una comisión compuesta de W. Cremer, ensamblador; J. Eglington, carpintero; T. Grant Facey, pintor; C. Goddard, encuadernador, y G. Odger, zapatero. La comisión encargó á Odger que redactase un mensaje á los obreros de Francia, del cual extractamos el siguiente párrafo:

« Hermanos de Francia; vuestra benévola visita con motivo de nuestro gran meeting celebrado para expresar nuestra indignación á los malhechores que por tantos años venían infringiendo los mayores insultos y crueldades á ese tan noble cuanto desgraciado pueblo, los polacos, nos ha inspirado la esperanza de ver un porvenir más brillante para los despreciados y abandonados pueblos de Europa... Los reyes y emperadores tienen sus reuniones y fiestas, y sus pompas y ceremonias son ostentadas ante el mundo con agrado de los frívolos y con satisfacción de los afortunados, al paso que crean cargas más pesadas para los pobres honrados é industrioses. Los crímenes triunfantes quedan justificados, y ministros sin escrúpulo los legalizan, exaltando á los criminales. Como un medio de contrarrestar el abuso existente de poder nos asociamos á vuestro llamamiento á una fraternidad de pueblos. Fórmese, pues, aquí una reunión de representantes de Francia, Italia, Alemania, Polonia, Inglaterra y todos los países en que exista la voluntad de cooperar al bien de la humanidad. Tengamos nuestros congresos; discutamos las grandes cuestiones de las que depende la paz de las naciones; dirijamos nuestra razón y nuestro derecho moral á luchar con la conveniente dignidad contra los halagos y la fuerza bruta de los titulados jefes, y nuestra convicción es que el poder de los déspotas será debilitado, y que los astutos embaucadores, en vez de rebajar los más altos oficios encomendados al hombre, usando de su sagrado cargo para desprestigiar los esfuerzos más nobles del genio humano, hallarán su nivel en la oscuridad. Esto abriría camino para que salieran hombres dignos y de clara inteligencia que legislasen para los derechos de los muchos y no para los privilegios de los pocos.»

« Es altamente necesaria una fraternidad de los pueblos para la causa del trabajo, porque siempre encontramos que cuando tratamos de mejorar nuestra condición social con la reducción de las horas de trabajo ó con la elevación del salario, los que nos emplean nos amenazan con traer franceses, alemanes, belgas y otros que hagan nuestro trabajo á precios reducidos, y sentimos decir que esto se ha hecho, no con deseo de perjudicarnos, sino por una falta de comunicación sistemática entre las clases industriales de todos los países, que esperamos ver pronto establecida, por cuanto nuestro principio es elevar el salario de los mal retribuidos hasta casi el nivel, en cuanto sea posible, de los que están mejor remunerados y no permitir que los que nos emplean nos exploten así á unos contra otros, rebajándonos á la peor condición posible por conveniencia de su avariciosa especulación.»

Este mensaje fué traducido al francés por el profesor Beesley, y enviado por un amigo que marchó á París. Su contenido fué comunicado á los talleres; se reunieron más suscripciones y se nombró otra diputación que fuese á Londres á establecer la asociación. Hízose saber á la comisión de Londres que hiciera sus preparativos para recibir á la diputación, y se convocó un meeting para el 28 de setiembre de 1864 en Saint-Martin s'hall con objeto de oír la contestación de los obreros de París. A ese meeting fueron invitados trabajadores de todos los países y el profesor Beesley ocupó la presidencia. Entre los extranjeros presentes figuraban el mayor Wolff, secretario particular de Mazzini, y el doctor Karl Marx. Tolain, como en ocasiones anteriores, fué el orador de la diputación francesa y Le Lubez, intérprete. El mensaje de contestación principiaba así:

« Hermanos y amigos, tenéis razón; el sentimiento que nos reúne es la indicación segura de un mejor porvenir para la emancipación de los pueblos. No debemos tener más Césares con sus frentes cubiertas con una corona manchada de sangre, dividiéndose entre ellos pue-

blos despojados por las rapacidades de los grandes y países devastados por salvajes guerras.

» Una vez mas, Polonia ha sido sofocada en la sangre de sus hijos, y nosotros hemos permanecido espectadores impotentes. Indudablemente tendremos que luchar con muchos obstáculos, y no pocos sucumbirán en la contienda, pero antes de triunfar, el progreso y la libertad necesitan tener sus víctimas. Cíñamos, pues, nuestros lomos y aprestémonos á la lucha. En adelante es preciso que la voz del pueblo se haga oír en todas las grandes cuestiones sociales y políticas, haciendo saber así á los déspotas que ha llegado el fin de su tutela.»

Entrando luego el mensaje en materia de economía política, continúa :

(Se continuará.)

Oasis de Laghouat

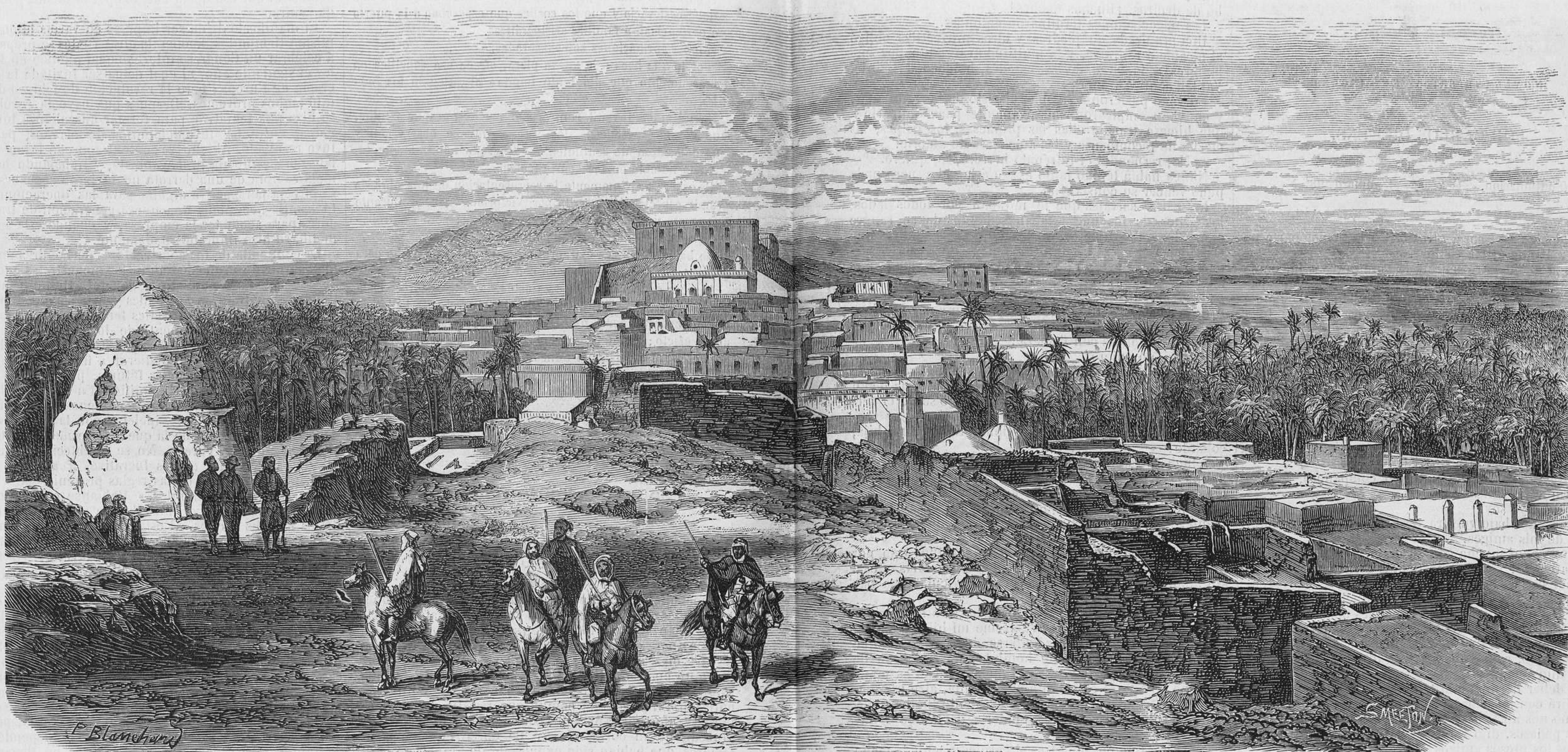
EN LA PROVINCIA DE ARGEL.

I.

En los primeros años de la ocupacion francesa en Argelia, la conquista no aspiraba mas que á la línea del Tell, zona montuosa que pertenece á los vertientes de la region setentrional del Atlas y que forma la separacion del Sahara. Entrecortado de feraces valles y con cuevas donde crecen la encina y el olivo, con buenas corrientes de agua, el Tell se presta al cultivo casi en toda su extension y posee los elementos completos de su vida.

En el vertiente meridional del Atlas, se extienden por el contrario las tierras de trayecto de las tribus errantes, los áridos llanos y privados de aguado, los oasis del Mzab. En el principio del desierto, es la patria del camello, sin el cual el árabe de esos climas no podria viajar por las grandes soledades, sin cambiar en el Tell sus productos por los artículos que le faltan.

Pareceria pues oportuno limitar la dominacion á las costas de la playa que absorbe el comercio y á la region de los cereales que fué uno de los graneros de Roma; pero la agitacion de las tribus nómadas, y su permanente hostilidad, obliga á los franceses á avanzar hasta



ARGELIA. — Vista general del oasis de Laghouat.

la region de las palmeras, y á proteger las inmediaciones del Tell con una línea de buenas fortalezas.

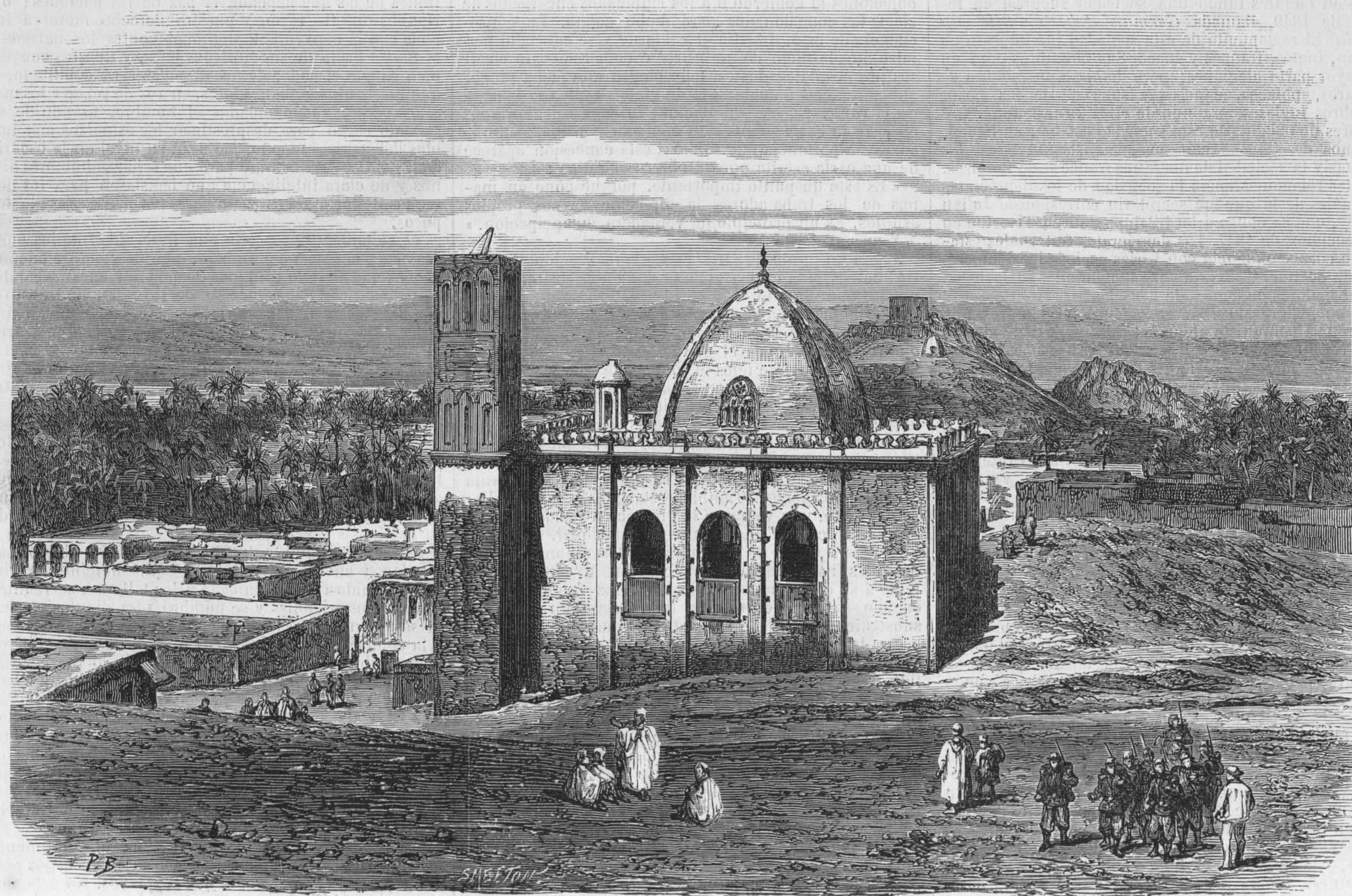
A consecuencia de una de esas agresiones acaecida en 1832, el gobierno general tuvo que mandar columnas convergentes al oásis de Laghouat, que tomaron á viva fuerza los generales Pelissier y Yusuf.

Laghouat es hoy el límite extremo de la dominacion al Sur de la provincia de Argel. Centinela perdida en la tierra del Sahara se ostenta en medio del desierto. Un camino de 440 kilómetros, le pone en comunicacion con el Mediterráneo. Esa via disputada por los brazos del ejército á un suelo rebelde, se dirige de Argel al Sahel, llega á Bouffarik, en donde una magnífica arboleda ha reemplazado un pantano pestífero, y atraviesa la flor de la Mitidja, Blidah, impregnado de los aromas del naranjo. De aquí prolonga los abruptos flancos del sombrío Atlas, á lo largo de las abruptas gargantas de la Chiffa, desemboca en Medeah, reina destronada de la provincia de Tittery, y se extiende por Boghari y Djelfa, de parador en parador, hasta el verde oasis que asoma en el Océano de las arenas.

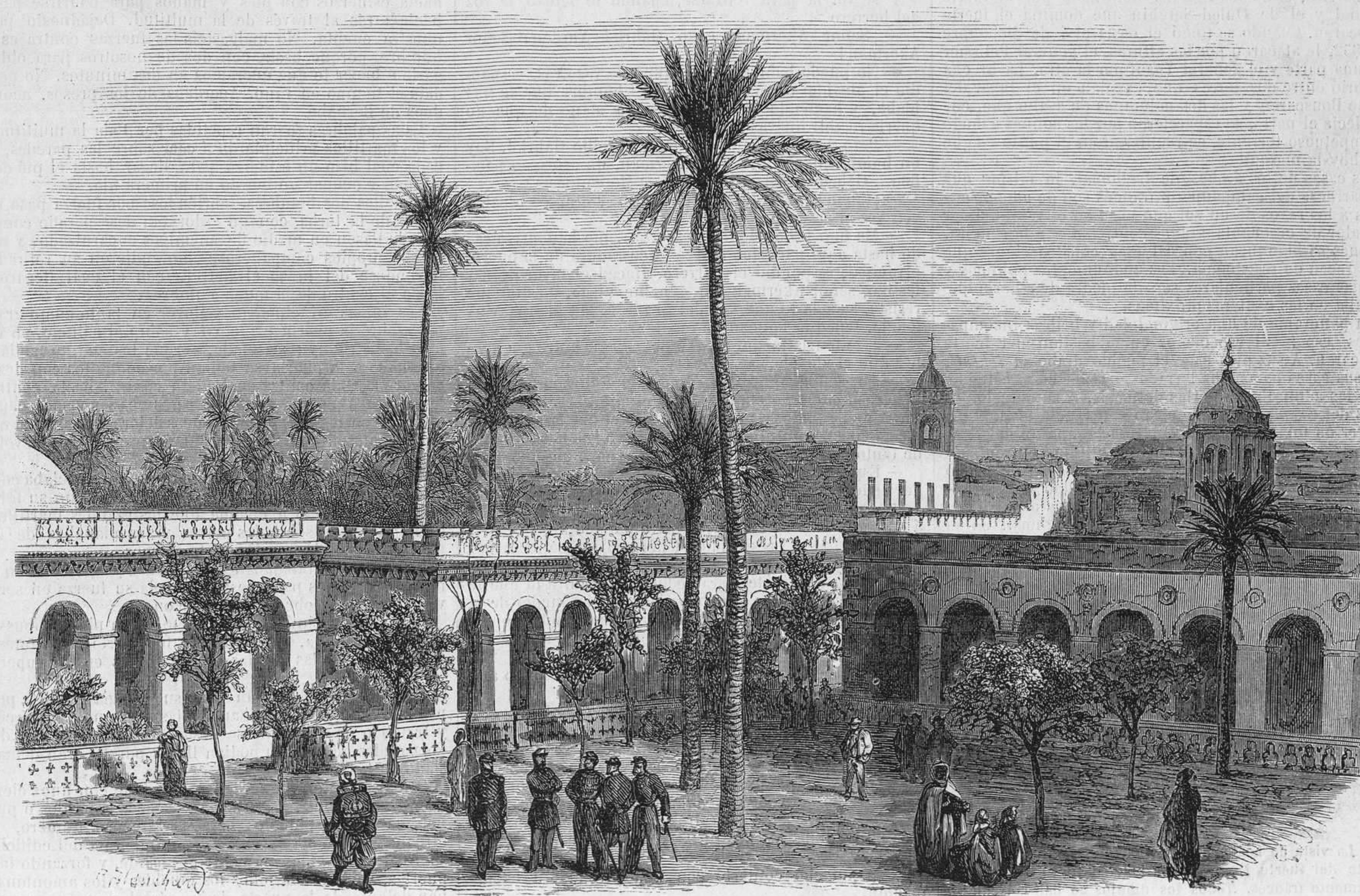
El Tell cesa en Boghari, activo mercado, depósito intermedio de los productos del Norte y del Sur. Adelantando hácia Djelfa, colonia militar llamada á prósperos destinos, el viajero no camina aun por ese desierto infecundo y maldito que frecuentan las fieras; pero ya reina la soledad: el ojo se extravía á lo lejos en secas laderas donde crece una yerba alta llamada alfa, llanuras inconmensurables donde la escasez del agua hace muy precaria la existencia.

En esa zona ingrata comienzan las emigraciones de los pueblos pastores. Cuando se agotan las fuentes á fines de la primavera, van á buscar la subsistencia en los graneros y en los pastos del Norte. Allí se puede contemplar la vida patriarcal en toda la imponente emanacion de las edades primitivas. Esos inmensos ganados guiados por los pastores al salir el sol, esos jinetes envueltos en albornoces que siguen lentamente, precedidos del jefe y de los ancianos de la tribu, esa multitud de camellos que llevan á las mujeres, los chicos, las tiendas, las riquezas de las familias, y proyectan su larga sombra bajo la claridad de un cielo siempre puro, en un silencio solemne, ¿ no son las tradiciones vivas de los cuadros del Génesis con su brillante colorido? La escopeta de dos tiros colgada del hombro que todos tienen, hasta los pastores, es el único anacronismo de esos reflejos bíblicos.

Ciento quince kilómetros de un camino á veces desastrozado por las lluvias de invierno, separan todavia Djelfa de Laghouat. En este trayecto hay dos paradores, el de Ain-el-Bel y el de Sidi-Maklouf, robados é incendiados por los árabes del Sur en la insurreccion de 1864. Cuando se ha dejado atrás la posada de Metlili, no se



El oasis de Laghouat. — La mezquita y el fuerte Morand.



El oasis de Laghouat. — La plaza Randon.

ven ya las matas de alfa, los caballos marchan sobre la arena que se extiende en sábanas inmensas y á esa monotonía de una tristeza sin igual, se añade la monotonía al interminable alambre del telégrafo eléctrico. Inquieto el viajero, interroga con avidez la llanura y su vista se pierde en el horizonte sobre montones de arena de un azul mas acentuado que el azul del cielo. Es el *Temet-el-Remel* ó garganta de las arenas que oculta una bellísima sorpresa. Apenas se ha escalado su revés meridional, el oasis aparece en toda su magnificencia.

Delante están las barracas de las tropas. Parecidas á una aldea morisca, esas habitaciones blanqueadas con cal se destacan sobre el hermoso follaje de los sauces y de los árboles frutales, cuyas raíces se bañan en el agua de las fuentes. En segundo término, veinte mil palmeras ostentan sus elegantes copas. Los esbeltos troncos de esos altos árboles forman una majestuosa columnata por entre la cual atraviesa una clara luz. La población está sentada en medio de ese nido de una verdura eterna, y en ella sobresalen la iglesia, el hospital, la mezquita y los fuertes edificadas en lo alto de dos cerros inundados de sol. Todas esas grandes cosas de la creación se funden en matices de una incomparable y suave armonía que solo pertenece á la atmósfera de los climas tórridos.

El oasis de una superficie de 200 hectáreas y de forma elíptica, tiene 1,500 metros de largo y le rodea el agua que le da vida. Antes de la conquista, ese verdoso islote presentaba un macizo homogéneo; y le defendían varias líneas de murallas que dibujaban en torno de los jardines curvas concéntricas y no se podía llegar al centro sino por angostos senderos. Era un lugar inexpugnable para las belicosas tribus de aquellas inmediaciones; pero hoy Laghouat, esa hija de las fuentes y del libre desierto, ha sufrido la ley comun de las ciudades perfeccionadas. La civilización que no pierde jamás sus derechos, ha trabajado en ella con la escuadra y el hacha.

El hierro ha cortado sin vacilar centenares de palmeras, á fin de abrir una ancha vía al conquistador y al comercio. La diligencia, que ha reemplazado el camello, ha penetrado en el corazón de la plaza, destruyendo la poesía. La avenida Cassagne pone en comunicación la ciudad nueva con el campamento, con el camino de Argel. A su extremo, la grande mezquita forma perspectiva. Comenzada hace muchos años con los fondos indígenas, ese edificio no está aun concluido. Se eleva en el sitio de la casbah del antiguo califa Ben-Salem. Su minarete, donde todavía no ha resonado la voz del muezzin, su azotea almenada, y su cúpula con bonitas ventanas moriscas, forman un interesante conjunto arquitectónico.

El oasis está dominado en cada uno de sus extremos por un cerro: en el primero los franceses han elevado la mezquita grande y el fuerte Bouscareen y en el otro el fuerte Morand y el hospital (4).

Entre esos dos cerros está la población dividida en dos barrios, el de los Hallafs, dominado por el fuerte Morand y el de Ouled-Serghin que domina el fuerte Bouscareen. Cuando se tomó el oasis el 4 de diciembre de 1832, le atacaron por las alturas, el general Pelissier por una parte y el general Yusuf por la otra. La brecha se abrió entre dos torres que existían en el lugar del fuerte Bouscareen y las dos columnas de asalto que, como decía el parte, se esparcieron por las colinas á modo de impetuoso torrente, se reunieron en el punto en que está hoy la mezquita.

Las casas de los árabes de Laghouat, lo mismo que las barracas del campamento francés son de adobes cocidos á los rayos de un sol que llega en el verano á dar un calor de cincuenta grados centígrados á la sombra. Despues se blanquean con cal esas construcciones que no carecen de resistencia. Los monumentos públicos y algunas casas particulares son de piedra de sillería que se halla en las canteras próximas.

Un panorama de una originalidad y belleza incomparables, espera al espectador en el bastion del fuerte Bouscareen. A sus piés está el pueblo árabe el *Schtell*, con sus casas bajas, sus terrados, sus tortuosas callejuelas y las admirables huertas del oasis. A su derecha los picos del *Creneck* se redondean con regularidad, y dejan ver en una lontananza vaporosa la cumbre del *Djebel-Lazerey* ó montaña azul. Por último, enfrente la mirada se pierde en el desierto, en el desierto inundado de torrentes de luz en su suprema majestad y en su silencio: es el Océano menos el ruido de las olas.

El centro habitado mas próximo á Laghouat en el Sur, está á 33 leguas del oasis y se llama Berryann.

Pero la arena no reina soberanamente: cuando por acaso hay un año de lluvias, la tierra adquiere una fuerza de vegetación extraordinaria. El agua que se estanca en las depresiones del suelo, que es muy ondulado, da nacimiento á las altas yerbas que tanto gustan á los cazadores. Con efecto, allí se cazan avestruces y gacelas, cacerías homéricas en las que la caza y los jinetes pasan corriendo como fantásticas visiones. El antiguo desierto sale de su letargo, vive, se anima, resuena con los clamores del hombre, sufre su poderío y dominación.

F. DE L.

(1) La vista de Laghouat que reproducimos, está tomada delante del fuerte Morand, por lo cual no se distingue el campamento francés. Todos los dibujos se han copiado de fotografías.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. -- Véase el número 985.)

Unos decían una cosa, otros otra y la mayor parte no hacían mas que gritar y silbar.

Como la noche era oscura y la pared muy alta, había entre la multitud muchos que ni siquiera habían reparado en el hombre del tejado, y continuaban sus clamores hasta que la noticia recorrió de boca en boca toda aquella turba.

Trascurrieron, sin embargo, cerca de diez minutos antes que pudiera oírse una voz en medio de aquella tumultuosa gritería, y durante este intervalo se veía al hombre del tejado, cuyo contorno se destacaba sobre el fondo brillante de un cielo de verano, mirando hacia la calle, teatro de aquella escena de desorden.

— ¿No sois, acabó por gritar Hugo, el señor Akerman, el primer carcelero?

— Sí, sí, es él, le dijo Dionisio al oído.

Pero Hugo, sin hacer caso de su compañero, se empeñó en que le contestara.

— Sí, dijo, yo soy.

— Teneis ahí bajo vuestra custodia, señor Akerman, algunos de mis amigos.

— Tengo aquí mucha gente bajo mi custodia, respondió el carcelero, y al mismo tiempo dirigía una mirada al interior de la cárcel.

Y la idea de que podía ver desde aquel punto los diferentes patios y abarcar todo lo que les ocultaban aquellas paredes malditas, irritaba y exasperaba hasta tal punto al populacho que todos aullaban como lobos.

— Pues bien, solo os pedimos la libertad de nuestros amigos, dijo Hugo.

— Mi deber no me permite poner en libertad á nadie, y cumpliré con mi deber.

— Si no nos abris las puertas de par en par, vamos á hacerlas pedazos, dijo Hugo, porque queremos que salgan todos los presos amigos nuestros.

— Lo único que puedo hacer por vosotros, buenas gentes, repuso Akerman, es exhortaros á que os disperseis y recordaros que todas las consecuencias del menor desorden causado en esta casa serían muy graves y os causarían á muchos de vosotros amargos é inútiles disgustos de que os arrepentiríais tarde ó temprano.

Y se volvía para retirarse, cuando le detuvo la voz del herrero.

— ¡Señor Akerman, gritó Gabriel Varden, señor Akerman!

— No puedo hablar con ninguno de vosotros, respondió el alcaide volviéndose hacia el hombre que le hablaba, y haciendo un ademán con la mano de que no quería recibir nuevas peticiones.

— Pero yo no soy ninguno de ellos, dijo Gabriel. Soy un hombre honrado, señor Akerman, un artesano pacífico... Gabriel Varden el herrero. ¿Me conocéis?

— ¿Cómo! ¿Vos entre esa chusma? dijo el alcaide con voz alterada.

— Me han traído aquí por fuerza... me han arrastrado hasta aquí para que fuerce la cerradura de la puerta principal, respondió el herrero. Haced el favor de ser testigo, señor Akerman, de que me niego, de que me resisto, suceda lo que suceda. Si me hacen alguna violencia, tened la bondad de recordarlo.

— ¿Ne teneis medio alguno de salir de entre esa gente? dijo el alcaide.

— No, señor Akerman. Vais á cumplir con vuestro deber así como yo cumpliré con el mio... Os lo repito, turba de bandidos y miserables, dijo el herrero volviéndose hacia la multitud, me niego. ¡Ah! poneos roneos de tanto ladrar... Me importa muy poco... Me niego.

— Esperad un momento, se apresuró á decir el alcaide. Señor Varden, sé que sois un hombre honrado, un hombre que no consentirá en hacer nada contra la ley... á no ser que os obliguen á hacerlo por fuerza.

— ¡Por fuerza! respondió el herrero que conocía por el tono con que le hablaba el alcaide que le indicaba una excusa suficiente para ceder á la multitud que le cercaba y estrechaba por todos lados, y en medio de la cual se veía en pié al valeroso artesano, solo contra todos. ¡Por fuerza! No haré nada por fuerza ni por voluntad.

— ¿En dónde está el hombre que me ha hablado antes? preguntó el alcaide con inquietud.

— Presente, respondió Hugo.

— ¿No sabeis que pesa sobre vos una acusación de tentativa de asesinato, y que deteniendo á ese honrado artesano, poneis su vida en peligro?

— Lo sabemos muy bien, respondió Hugo. ¿Por qué creéis que he hemos traído aquí sino para matarle si no obedece? Entregadnos nuestros amigos, señor Akerman, y os entregamos el vuestro. ¿Os gusta el cambio, muchachos?

El populacho contestó con una atronadora exclamación.

— Ya veis lo que quieren, gritó Varden. No les dejéis

entrar en nombre del rey Jorge, y recordad lo que acabo de deciros. ¡Buenas noches!

Las negociaciones terminaron entonces.

Una granizada de piedras y otros proyectiles obligó al alcaide á retirarse, y la multitud avanzando por enjambres á lo largo de las paredes, bloqueó á Gabriel Varden contra la puerta.

En vano pusieron á sus piés el cesto de herramientas, y en vano emplearon sucesivamente para obligarle á que hiciese uso de ellas las promesas, los golpes, las ofertas de recompensa y las amenazas de muerte.

— No, respondió el intrépido herrero, no quiero. Nunca había tenido tanto apego á la vida, pero nada pudo vencer su constancia.

Las caras salvajes que le miraban por todos lados, los gritos de los que estaban sedientos de su sangre como fieras del desierto, el aspecto de los hombres que cruzaban por entre la multitud y llegaban hasta él andando sobre el cuerpo de sus compañeros y amenazándole por encima de la cabeza de los demás con sus hachas y sus puñales, todo se estrellaba ante su valor obstinado. Los miraba uno tras otro, hombre por hombre, cara á cara, y siempre con su voz ronca y su rostro pálido, les respondía con firmeza:

— ¡No, no quiero!

Dionisio le descargó en la cara un puñetazo que le arrojó al suelo, pero se puso en pié con la energía de un joven y la frente ensangrentada y se arrojó sobre el verdugo gritando:

— ¡Ah! eres tú, perro. ¿En dónde tienes á mi hija, cobarde?

Y lucharon durante largo rato.

Unos gritaban: « ¡Mátale! » y otros que afortunadamente estaban lejos querían aplastarle bajo sus piés.

El verdugo, por mas que se defendía desesperadamente, no podía desasirse de su formidable adversario que le ahogaba con sus robustas manos.

— ¡Así me pagais, monstruo de ingratitud! dijo por fin con acompañamiento de horribles blasfemias y casi sin aliento, porque le costaba trabajo articular una palabra.

— ¡Vuélveme mi hija! gritaba el herrero tan furioso como los que le rodeaban. ¡Vuélveme mi hija!

Despues de caer y de levantarse dos veces, aunque luchaba con mas de veinte hombres, un hombron de estatura gigantesca que salía del matadero con su mandil lleno de sangre cálida aun y grasienta, alzó una cuchilla, y lanzando un espantoso juramento, la iba á dejar caer sobre la cabeza descubierta del valeroso anciano.

Al mismo tiempo, mientras el carnicero tenía la mano levantada para descargar el golpe, cayó este hombre como herido del rayo, y un manco pasó por encima de su cuerpo para acudir en auxilio del herrero.

Iba á su lado otro hombre y entre los dos cogieron con fuerza y rapidez al artesano.

— Dejádnosle por nuestra cuenta, dijeron á Hugo que hacia esfuerzos con piés y manos para habrírse paso hacia atrás al través de la multitud. Dejádnoslo por nuestra cuenta. No malgastéis las fuerzas contra este hombre, porque basta con dos de nosotros para obligarle á hacer lo que queramos en dos minutos. No perdais el tiempo en vano. Acordaos de los presos, acordaos de Bernabé.

Estas palabras fueron repetidas por toda la multitud, y los martillos principiaron á caer sobre las paredes, y cada cual hizo un esfuerzo para llegar hasta el pié del edificio y ocupar un puesto en primera fila.

Aquellos dos hombres, abriéndose por fuerza paso al través de la turba con un ardor tan desesperado como si se hallasen en medio de enemigos encarnizados y no de sus propios compañeros, emprendieron su retirada llevándose del brazo al herrero con el cual llegaron hasta el centro de la muchedumbre.

Los golpes principiaban á llover en tanto como granizo sobre la puerta principal y sobre el edificio, en el cual hacían muy poca mella, porque los que no podían acercarse á la puerta se tenían por contentos con descargar su rabia contra cualquiera cosa... hasta contra las enormes piedras que hacían pedazos las armas causándoles en los brazos hormigueos dolorosos, como si no se contentasen con una resistencia pasiva y les devolviesen golpe por golpe.

El choque del hierro contra el hierro se mezclaba con el tumulto atronador que lo dominaba todo con su formidable estruendo á medida que los grandes martillos de fragua caían sobre los clavos y las planchas de la puerta, formando una lluvia de chispas.

Los rebeldes trabajaban por brigadas y se relevaban á breves intervalos para desplegar toda su fuerza en servicio de aquella obra de destrucción.

Pero todo era inútil; veíase siempre en pié la robusta puerta, tan altiva, tan sombría y tan fuerte como antes, á excepcion de las huellas de los golpes en su superficie.

Mientras unos agotaban toda su energía en esta penosa tarea, otros arrimaban escalas de mano á la cárcel y trataban de encaramarse desde ellas hasta lo alto de las paredes adonde no podían llegar porque eran demasiado cortas.

Otros sostenían un verdadero combate con unos cien agentes de policía, y los hacían retroceder á palos ó puñetazos ó aplastándolos bajo su inmenso número, y otros organizaban en regla el sitio del ala del edificio sobre el cual había aparecido el alcaide, y forzando las puertas, volvían con todos los muebles y los amontonaban delante de la puerta de la cárcel para hacer con ellos una hoguera que pudiera consumirla.

Luego que se propagó esta feliz idea entre la turba, todos los que hasta entonces se habían tomado un trabajo inútil, arrojaron sus martillos y barras de hierro, se emplearon en aumentar el monton que muy pronto llegó hasta la mitad de la calle, y su altura era tal que los que amontonaban los combustibles se vieron precisados á recurrir á las escalas.

Cuando todos los muebles y efectos del alcaide formaron un ríto é inmenso monton, se dió principio á otra operacion altamente previsorá, cual fué la de darles una recia capa de pez, betun y resina que traian solícitos de todas partes y de regarlo todo con trementina, dando este mismo baño á toda la madera de las puertas de la cárcel sin olvidar el menor travesaño y hasta las piedras inmediatas al extremo de las vigas.

Terminado este bautismo infernal, prendieron fuego á la hoguera con antorchas de resina, y formaron un ancho círculo, pero á corta distancia, para vigilar los progresos de la llama.

Como los muebles estaban muy secos y los hacia mas inflamables aun el aceite y las gotas de cera de que estaban salpicados, sin mencionar los medios eficaces empleados por los rebeldes, el fuego se prendió fácilmente.

Las llamas brotaron con un terrible rugido ennegreciendo la pared de la cárcel y subiendo hasta el extremo de la fachada como serpientes de fuego.

Al principio, los rebeldes agrupados en torno del incendio no manifestaban la embriaguez de su triunfo mas que con miradas de satisfaccion; pero cuando fué mas ardiente y amenazador; cuando empezó á crujir, á saltar y á bramir como un horno inmenso; cuando se reflejó en las casas de enfrente é iluminó, no tan solo las caras pálidas y aterradas que se asomaban á las ventanas, sino hasta los mas íntimos rincones de cada aposento; cuando le vieron lamer la gran puerta con sus rojizas llamas y divertirse con ella, ora apegándose á su superficie endurecida, ora apartándose de pronto con inconsciencia salvaje para tomar vuelo hácia el firmamento, ora volviendo á envolverla entre sus garras ardientes y preparar su ruina; cuando esparció tan vivo resplandor que el cuadrante de la iglesia del Santo Sepulcro, cuyo minuterio señala con tanta frecuencia la hora de la ejecucion para los reos de muerte, se veia con tanta claridad como en medio del dia, y que el gallo que gira sobre la veleta de la torre brillaba ante aquel astro insólito como una rica joya montada en deslumbrantes pedrerías; cuando la piedra ennegrecida y el ladrillo sombrío tomaron un color rojo con la fuerza de la reflexion, y las ventanas brillaron como oro bruñido, reverberando la luz á larga distancia desde sus cristales purpurinos; cuando las paredes y las torres, los tejados y las chimeneas parecieron temblar y bambolearse como un hombre ebrio en medio de las llamas vacilantes; cuando millares de objetos que nunca se habían visto hasta entonces se ostentaron ante todas las miradas, y las cosas mas familiares adquirieron un aspecto enteramente nuevo; entonces el populacho principió á hacer corro con el inflamado torbellino y á lanzar gritos, clamores y alaridos como por fortuna se oyen pocas veces, agitándose al mismo tiempo para servir de fuelles y no dejarlo apagar.

Aunque el calor era tan intenso que la cal de las casas de enfrente de la cárcel se tostaba y agrietaba formando largas hendeduras como pústulas en la piel del paciente puesto sobre el fuego por el verdugo, y acababa por resquebrajarse y caer á pedazos de las ventanas y el plomo y el hierro de los tejados despallajaban la mano del imprudente que los tocaba por casualidad, y aunque los gorriones salian de sus agujeros para volar sobre los aleros y asfixiados por el humo caian temblando sobre la hoguera, el fuego era sin embargo activado sin tregua por manos infatigables, y se veian en torno sombras que pasaban y volvian á pasar sin cesar.

Nunca se entibiaba su celo, nunca se retiraban de las ascuas; por el contrario, se acercaban tanto á las llamas que los espectadores de primera fila se veian en apuros para impedir que los fognistas en su entusiasmo los arrojasen dentro impulsados por una infernal tentacion.

Si alguno se desmayaba ó se caia al suelo, habia al momento una docena que se disputaban su puesto, aunque sabian que era un puesto de tormento, de sed y de cansancio insoportable.

Los que caian desmayados, y tenian la fortuna de no ser aplastados bajo los piés ó abrasados por las llamas, eran conducidos al patio de un meson inmediato para recibir un baño fresco en la pila del agua destinada para abreviar los caballos.

Se pasaban de mano en mano entre la multitud cubos llenos de agua, pero la sed era tan ardiente y general, y se afanaban todos con tal ahinco para ser los primeros en beber, que las mas de las veces toda el agua de los cubos se derramaba en el suelo sin que nadie lograra siquiera humedecer los labios.

Sin embargo, en medio de los gritos y del desórden, los que estaban mas cerca de la hoguera continuaban arrojando en el monton los fragmentos quemados que rodaban desde lo alto, y arrojaban tizones encendidos contra la puerta que, á pesar de este sudario de llamas, permanecia firme sin abrirles paso.

Pasaban por encima de las cabezas enormes tizones á los que estaban al pié de las escalas dispuestos á encaramarse hasta el último escalon, para aplicarlos con una mano contra la pared de la cárcel, desplegando toda su destreza y toda su fuerza para lanzar estos tizones al tejado ó dentro de los patios interiores. Muchas veces conseguian su objeto, y crecia entonces el horror de

esta escena espantosa, porque los presos encerrados dentro, viendo al través de las rejas que el fuego se prendia por varios puntos y se acercaba amenazador, mientras estaban allí cerrados para toda la noche, principiaban á conocer que estaban en peligro de morir quemados. Este temor horrible, que se esparció de calabozo en calabozo, les arrancaba gritos y lamentos espantosos, y pedian socorro con gritos tan penetrantes que toda la cárcel resonaba con sus quejas, y sus clamores dominaban los aullidos del populacho y el bramido de las llamas, formando un tumulto de agonía y desesperacion que hacia temblar á los mas osados.

Lo mas notable es que estos gritos principiaron por el lado de la cárcel que caia enfrente de Newgate-Street, donde todo el mundo sabia que estaban presos los reos que debian ejecutarse el dia siguiente. Y no tan solo estos cuatro criminales que tan poco tiempo les quedaba de vida, fueron los primeros en dar el grito de alarma viéndose amenazados de ser quemados vivos, sino que fueron tambien desde el principio hasta el fin los mas importunos de todos, porque se les oia claramente, á pesar de lo recio de las paredes, gritar diciendo que el viento soplabá hácia ellos y las llamas iban muy pronto á alcanzarles, y llamaban á los carceleros para que acudiesen á apagar el fuego sacando agua de la cisterna que estaba llena en su patio.

A juzgar desde fuera en el centro de la multitud, estos miserables no cesaban un instante de pedir auxilio, con tanto terror y con un apego tan frenético á la vida como si cada uno de ellos tuviera en perspectiva la larga esperanza de una vida feliz y honrada en vez de veinte y cuatro horas de prision miserable seguida de una muerte violenta é infame.

Pero seria imposible describir la angustia y la desesperacion de los dos hijos de uno de aquellos miserables cada vez que oian ó creian oír la voz de su padre. Despues de torcerse las manos corriendo de un lado á otro como locos furiosos, subiendo el uno sobre los hombros del otro como para ver si podian encaramarse por la elevada pared cuyo extremo se veia erizado de agudas puntas de hierro, cuando volvian á caer en medio de la multitud, aunque ensangrentados y llenos de contusiones, subian otra vez para caer de nuevo, y cuando reconocieron por fin lo inútil de sus tentativas, principiaron á descargar puñetazos contra las piedras como si pudieran abrir una brecha y despedazar con sus manos la pared.

Lograron por último penetrar por entre la multitud hasta la puerta, aunque otros hombres doce veces mas robustos que ellos lo hubiesen intentado en vano, y se les vió en el fuego, sí, en el fuego, hacer esfuerzos desesperados para desquiciarla con formidables barras de hierro.

Y no eran los únicos que se hallaban allí llenos de exaltacion al oír los gritos que salian de la cárcel. Las mujeres que habían penetrado en medio de la multitud atraídas por el tumulto gritaban con todas sus fuerzas, palmoteaban y se tapaban los oídos, hasta que algunas de ellas se desmayaban.

Los hombres que no habían podido acercarse á la pared para tomar parte en el sitio, cansados de su inaccion, arrancaban las piedras de la calle con una furia y un ardor tan frenético como si despedazasen las paredes de la cárcel y contribuyesen con aquella obra de destruccion al buen éxito del proyecto.

No habia en toda la turba un solo ser humano que no estuviese en perpétua agitacion.

Aquella inmensa turba era presa del delirio.

Se oyó un gran grito.

— ¡Ahora! ¡ahora!

La mayor parte de la turba lo repitió sin saber por qué ni lo que queria decir.

Los que se hallaban en torno de la puerta la habían visto ceder muy despacio y desprenderse uno de los quicios superiores. Sin embargo, permanecia en pié sostenida por detrás por la barra y afirmada por su propio peso que la había hundido en un monton de ceniza, dejando en la parte superior una abertura de un palmo, al través de la cual se descubria un corredor oscuro, cavernoso, sombrío...

— ¡Amontonad el fuego! gritaron todos.

Y el fuego ardia con rabia.

La puerta estaba enrojecida y se ensanchaba la abertura.

Trataban en vano de abrigarse el rostro con las manos, y en pié y dispuestos á precipitarse dentro del edificio, contemplando con impaciencia el progreso de su obra.

Se veían pasar por los tejados sombrías figuras, unas arrastrándose con las manos y las rodillas, otras llevadas en brazos.

Era indudable que la cárcel no podia resistirse ya; el alcaide huía con sus agentes, sus mujeres y sus hijos.

— ¡Mas fuego! ¡mas fuego!

La puerta se hunde, se hunde en la ceniza... vacila... cae con sordo estruendo.

Lanzan un nuevo grito, retroceden un paso y dejan un espacio libre entre ellos y la entrada de la cárcel.

Hugo salta por encima del monton de ascuas y tizones ardientes, hace volar por el aire un torbellino de chispas, ilumina el sombrío corredor con las pavesas que se han pegado á su vestido y penetra en los patios interiores.

Le sigue el verdugo, y se lanzan entonces tantos en pos de Hugo y Dionisio que el fuego se aplasta bajo sus piés y se esparce por la calle.

Pero ya no lo necesitan; por dentro y por fuera, toda la cárcel está envuelta en penachos de llamas,

LXX.

Durante toda la horrible escena que acababa de terminar con este triunfo, habia en Newgate un hombre presa de un temor y de un tormento moral sin igual en el mundo, hasta superior al de los criminales condenados á muerte.

Cuando los rebeldes se reunieron al principio en la calle, el asesino despertó de su sueño, si el suyo merecia este nombre bendito, al estruendo de las voces y del tumulto de la turba.

Se estremeció al oír aquel clamoreo furioso y se sentó en el lecho para escuchar.

Tras un breve intervalo de silencio estalló con mas estrépito el estruendo, y prestando sin cesar un oído atento, comprendió por fin que una multitud enfurecida sitiaba la cárcel.

Su conciencia culpable le representó á aquella turba animada del deseo de venganza contra él, y tembló al pensar que podian forzar las puertas y entrar en su calabozo para despedazarle.

Dominado por esta terrible idea, le parecia que todo se conjuraba para confirmarla y darle fuerza: su doble crimen, las circunstancias en que había sido perpetrado y los largos años que habían trascurrido hasta su inesperado descubrimiento, hacian de él, por decirlo así, el objeto visible de la cólera del Omnipotente. En medio de los crímenes, de los vicios, de la peste moral de aquel gran lazareto de la capital, era él tan solo el único marcado y designado como víctima expiatoria de sus maldades, un Lucifer en medio de los demonios; los otros presos no eran mas que una turba vil, ocupados en ocultarse, un populacho como el que se estremecia en la calle. Él, él era el hombre, el único hombre, blanco de todos aquellos furiosos reunidos, un hombre aparte, solitario, aislado, del cual hasta los mismos presos huían con espanto.

Ora que la noticia de su prision propalada por la ciudad los hubiera atraído allí expresamente para arrancarle del calabozo y matarle en la calle, ora los amotinados, fieles á algun plan de antemano combinado, hubieran ido á saquear la cárcel, tanto en un caso como en otro, no habia esperanza alguna de que le perdonasen la vida. Cada grito que lanzaban, cada clamor que hacian oír, era un nuevo golpe que le heria el corazón.

A medida que el ataque progresaba le acosaban con mas insistencia sus terrores frenéticos, hacia esfuerzos desesperados para arrancar los gruesos barrotes de la ventana para abrirse paso y huir, y llamaba con voz plañidera á los carceleros para que defendieran la puerta de su calabozo y le salvaran del furor de la canalla.

— Encerradme si quereis en el calabozo mas subterráneo, decia; no me importa que sea tenebroso y fétido, que sea una guarida de ratones ó de víboras, con tal que pueda ocultarme y salvarme de su persecucion.

Pero nadie acudia, nadie respondia á sus clamores.

Sus mismos gritos le hacian temer que llamaria la atencion, y volvía á abismarse en el mas profundo silencio.

De vez en cuando, al mirar por entre la reja de la ventana, veía un extraño resplandor en la pared y en las losas del patio. Aquel resplandor, al principio muy débil, aumentó insensiblemente, como si los carceleros pasasen y volviesen á pasar por los tejados del edificio con antorchas.

Muy pronto el aire se enrojeció, y tizones inflamados caian zumbando al suelo, esparciendo el fuego por las losas y consumiendo sus ascuas tristemente en los rincones. Uno de ellos fué rodando hasta debajo de un banco de madera que abrasó, y otro cayó á lo largo de una chimenea y dejó en la pared un largo reguero de fuego. Un momento despues, una densa lluvia de copos de fuego principió á caer lentamente delante de la puerta desde alguna parte inmediata del tejado, presa indudablemente del incendio.

Recordándose de que la puerta se abria por fuera, reconoció que cada chispa que iba á caer allí y á extinguir su fuerza y su vida, no dejando al morir mas que un sucio átomo mas de ceniza y de polvo, contribuía á sepultarle allí como en una tumba viviente.

Y sin embargo, aunque la cárcel resonaba con los clamores y el grito de « ¡Socorro! »; aunque el fuego saltaba en el aire como si cada llama desprendida tuviera una vida de tigre; aunque el calor principiaba á ser intenso y el aire sofocante, y aunque el estruendo crecia por momentos, y el peligro de la situacion era cada vez mas amenazador tan solo por el estrago del desapiadado elemento, tenia miedo de volver á gritar, porque la turba podia pasar por allí, y atraída por su voz ó por las revelaciones de los carceleros, podia dirigirse hácia el calabozo donde se ocultaba.

Así pues, temiendo del mismo modo á los carceleros y á la turba, el ruido y el silencio, la luz y la oscuridad, entre el temor de que le libertasen y el de que le abandonasen allí para morir, padecia un suplicio y tormentos tan agudos, que jamás hombre alguno, en el mas horrible capricho de un poder despótico y bárbaro, pudo hacer sufrir á otro hombre un castigo mas cruel que el que á sí propio se imponia.

Finalmente, la turba derribó la puerta.

(Se continuará.)

Moscou.

Véase el número 983).

En Moscou, como en todas partes, los edificios elevados á la religion cuentan la historia infinitamente mejor que los palacios de los soberanos.

Con efecto, en el templo y en la iglesia, es donde se graban principalmente el carácter nacional, el espíritu de una época. La iglesia es un espejo.

Cuando una nacion pierde su fe, la morada que levanta aun casi timidamente al culto que desaparece, mengua tambien; no es ya el templo orgulloso que sobresale por encima de las casas como diciendo: « Yo reino. » Su puesto es magnífico, porque la impiedad le escatima. Sus contornos se hacen pesados; sus cúpulas, sus obeliscos, son imitaciones de las que la antigüedad parece sonreirse y el interior raquítico, con ornatos vulgares ó pretenciosos, recuerda una tienda ó un gabinete lleno de coquetería, mas que un santuario destinado á recibir las preeces que el hombre eleva á Dios.

Los mayores peligros amenazan á un pais cuando la indiferencia religiosa se apodera de él. De todas las señales, de todos los síntomas, es el mas espantoso. Una nacion sin creencias es una nacion que desaparece.



MOSCOU. — Un mujick y su esposa.

En Rusia la religion griega vive aun, y parece adaptarse mucho al carácter nacional.

Los homenajes prestados á los templos, el respeto que se prodiga á la memoria de los santos, están en Rusia muy en vigor: la supersticion y el culto de los czares se confunden.

Echemos una mirada á la antigua catedral de San

sepultura. La catedral de San Miguel tuvo en otro tiempo un uso que manifiesta el respeto que los despojos de los difuntos merecian: las súplicas al soberano se depositaban sobre la tumba de uno de los czares, y solo el monarca tenia derecho de tomarlas.

¡ Nada mas bello y digno que esta costumbre de emplear á la muerte por mediadora entre la plegaria y el

Miguel: esta iglesia se honra quizá tanto por el recuerdo del santo, como porque encierra las tumbas de veinte déspotas célebres.

San Miguel remonta al año 1333, y fué fundada por Ivan Danilovitch en accion de gracias, porque habia cesado el hambre. Restaurada veinte veces, casi enteramente reedificada, debe sus cúpulas á las munificencias de Catalina II.

Hé aquí la dramática historia que se cuenta sobre su santo patrono Miguel de Tchernigoff, cuyas cenizas descansan en la iglesia:

Un jefe pagano le amenaza de muerte si no consiente en arrojarse delante de los ídolos, y por toda respuesta, Miguel, descubriéndose el pecho, exclama:

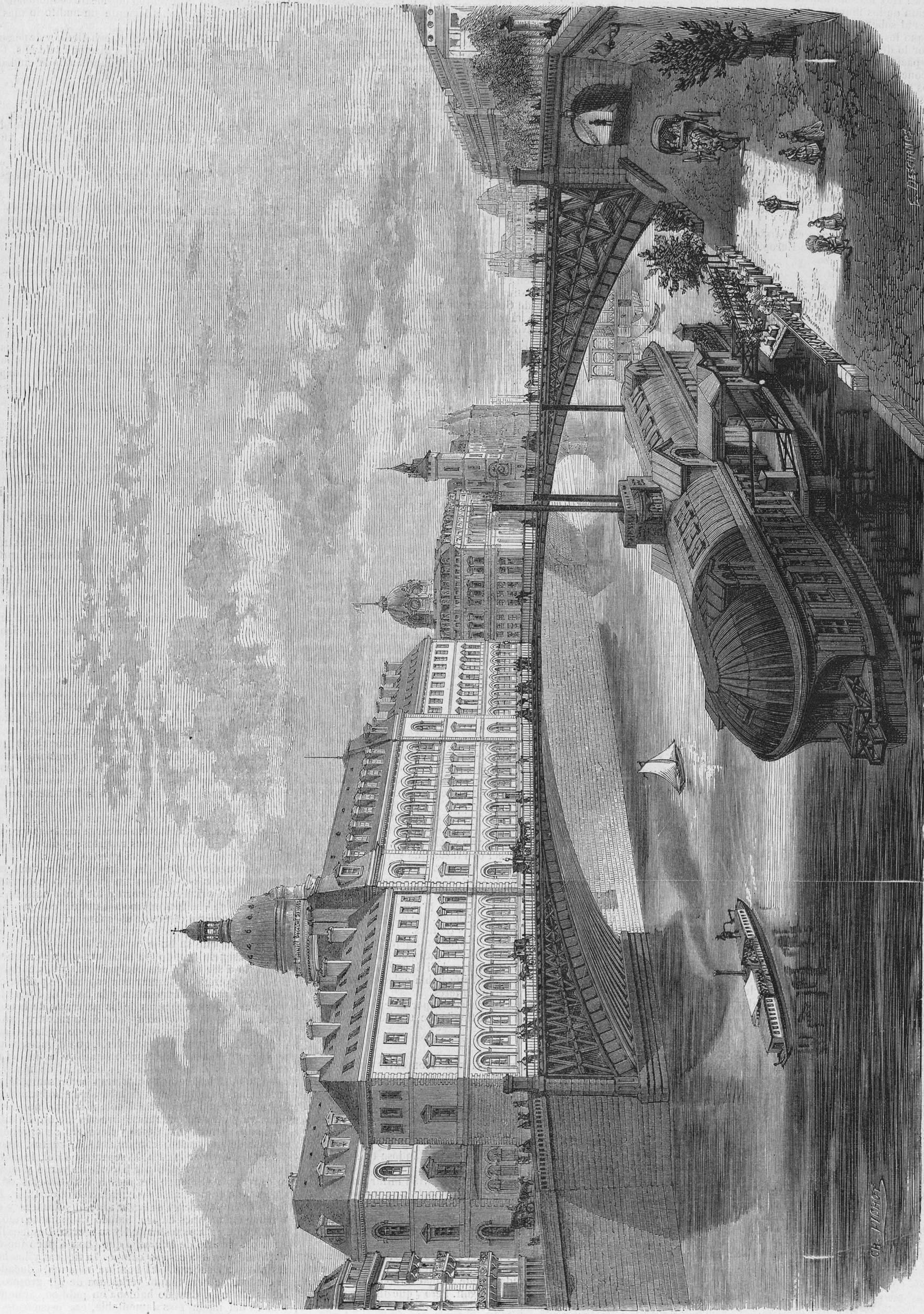
— ¡ Hiere! quitame la gloria de la tierra, pues aspiro á la de cielo.

Inmediatamente cae á los golpes de sus enemigos, y arrojan su cuerpo á los perros.]

Sin embargo, los fieles consiguen apoderarse de su cuerpo y le dan



MOSCOU. — La catedral de San Miguel.



Nuevo hospital (Hotel-Dieu) en Paris. — Fachada del muelle.

poder! Hoy los solicitantes no cuentan ya con la mediación de los muertos y los vivos que entregan memoriales al soberano son á veces mensajeros menos seguros que los sepulcros.

Por lo demás, el pobre moujik sobrelleva los males con paciencia. Vive resignado, aunque ni siquiera puede concebir una esperanza. Probablemente dejará á sus hijos su choza tan miserable como él la heredó. ¡Dichoso cuando sabe leer y puede engalanar su morada con estampas de santos y con el retrato de sus hombres de predilección. La miseria, que toca tan de cerca á la degradación moral, pesa sobre él con un peso terrible. Su familia y él viven confundidos con los animales, y no obstante la sociedad que se acumula, por nada en el mundo limpiará su casa mas que dos veces al año: por Navidad y por Pascuas.

Se mete en su horno, que es casi un monumento en la choza, la pieza mas importante de la casa y allí pasa una parte del invierno.

¡Pobre moujik! Y sin embargo es muy feliz, pues la tempestad que pasa sobre Europa no podría alcanzarle.

R. C.

Nuevo hospital (Hotel-Dieu) en Paris.

LA FACHADA DEL MUELLE NAPOLEON.

Damos hoy una vista de los edificios del nuevo *Hotel-Dieu*, ó sea la fachada del muelle Napoleon.

Estas construcciones se encuentran en la Cité, detrás del cuartel edificado en los últimos años en esa parte de Paris. Toda la obra exterior está concluida; pero no sucede lo mismo en cuanto á las disposiciones interiores, pues los funestos sucesos del año último y de principios de este, suspendieron forzosamente los trabajos. En el día, que se trata de atender á la conclusión de las obras mas urgentes, es de creer que las del nuevo hospital se comprenderán en esta categoría. En tiempo oportuno nos explicaremos detenidamente sobre tan importantes construcciones. Para concluir diremos que hasta ahora solo han servido para dar abrigo á algunos batallones de guardias móviles durante el sitio, y que despues de la Commune se instaló allí provisionalmente una division de la Prefectura de policía.

C. P.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 985.)

LA POSADERA, un poco perpleja.

Creo que sí. El mayor está muy interesado en el *Ateneo é instituto literario* de Gatesborough.

WAIFE.

Eso debia haber yo presumido por su carácter y su posición. No quiero deteneros mas, señora. (Saludo de duque de Beaufort.)

La posadera bajó la escalera. ¿Seria aquel personaje un candidato para las próximas elecciones? « ¡Marchar con la época, propagación de las luces! » Así se expresaban todos los candidatos que habia conocido. Sin embargo, el saludo y el aspecto de su huésped le parecia que convenian mas bien á un miembro de la alta cámara.

— ¡Oh! ¡Abuelo! dijo Sofía suspirando, ¿en qué pensais? Vamos á arruinarnos. ¿Cómo habeis hecho esto, vos que cuidais tanto de no contraer deudas? ¿Qué tenemos para pagar en esta casa?

— ¡Sir Isaac y esto! replicó el cómico tocándose la frente. No te alarmes, quédate aquí y descansa. Sobre todo, ten cuidado de que no salga sir Isaac.

Se quitó el sombrero, lo cepilló cuidadosamente con la manga, volvió á colocárselo en la cabeza, no graciosamente ladeado como un galán jóvon, sino derecho como el de un *pere noble*; despues haciendo á Isaac una seña para que se estuviera quieto, se dirigió á la puerta, en cuyo umbral se detuvo, y volviéndose para mirar á Sofía, y encontrando su inquieta mirada sintió que las lágrimas acudian á sus ojos.

— ¡Ah! murmuró, plegue al cielo que consiga ahora mi intento; en ese caso serás una señorita.

Y se fué.

X.

Waife encontró en el descanso de la escalera al mozo

irlandés que le habia llevado su equipaje, esperando con paciencia que le pagasen su trabajo.

El cómico examinó su semblante inteligente y alegre; sobre cada una de sus facciones parecia escrita esta máxima de oro: « Toma las cosas como vengan. »

— Perdonad, amigo mio, casi me habia olvidado de vos. ¿Hace mucho que estais en esta ciudad?

— Cuatro años, viva vuestro honor muchos años.

— ¿Conoceis á M. Hartopp, el corregidor?

— ¿Que si le conozco? El corregidor ha hecho hombre á Mike Callaghan.

Waife, habiendo manifestado deseo de conocer aquella historia, obtuvo su relación de la gratitud de aquel buen hombre. Hacia cuatro veranos que Mike habia tenido que abandonar la « Perla del mar, » para segar el heno de un tirano sajón. M. Hartopp, que tenia muchas posesiones, le empleó en trabajos agrícolas. Atacado de una fiebre maligna, debió su restablecimiento á M. Hartopp, y naturalmente concibió por su salvador un vivo reconocimiento. Cuando Mike empezó á convalecer, en vez de enviar al pobre hombre á su país, donde los trabajadores agrícolas no encontraban ocupación en aquella época, ejerció sus reacimadas fuerzas en algunos ligeros trabajos en su almacén, y por último, habiendo cometido Mike la imprudencia de casarse con una hija de un artesano de Gatesborough, M. Hartopp le dió una posición, la de mozo patrocinado por la corporación. Cuando Waife oyó aquella narración, le pareció evidente que M. Hartopp era un hombre digno y honrado y su corazón se interesó por él.

— ¡Ese M. Hartopp honra á la humanidad! dijo el cómico dando con su bastón un golpe en el suelo; deseo conocerle. ¿Querrá veros si os presentais en su casa de comercio?

Mike respondió afirmativamente con cierto orgullo que M. Hartopp le recibiria al momento. M. Hartopp sabia que el tiempo es dinero, y no haria esperar á un pobre hombre.

— Entonces bajad y esperadme á la puerta. Vais á llevar al corregidor un billete de parte mia.

Waife se acercó entonces al mostrador y pidió que le dieran un pliego de papel para cartas. La posadera le cedió su asiento y el comediante escribió una carta concebida en estos términos:

« M. Chapman presenta sus respetos al señor corregidor de Gatesborough, y solicita el honor de una corta audiencia. El vivo interés que M. Chapman experimenta por el éxito de las instituciones literarias que distinguen la ilustración de nuestra época, y el celo con que el señor corregidor promueve sociedades tan estimables, excusarán la libertad que M. Chapman se toma haciendo esta súplica. M. Chapman se limitará á añadir que hace algun tiempo se ocupa en buscar los mejores medios de sacar un nuevo partido de tan preciosas aunque aun incompletas instituciones. — *Cabeza del Sarraceno*, etc. »

Despues de haber cerrado y puesto el sobre á la epístola, Waife se la confió á Mike Callaghan, que se llenó de admiración al ver que le daba media corona. Interrumpiendo las fervientes palabras de agradecimiento que provocó naturalmente tan generosa donación, el cómico dijo con la mas hábil combinación de suavidad y altanería:

— Caso de que el corregidor os pregunte qué clase de persona soy yo (pues no tengo el honor de ser conocido suyo, y en estos tiempos que corren hay tantos aventureros, que podria creer con razón que soy uno de ellos), podreis decir que yo no tengo trazas de ser una persona que él pueda temer recibir. Vos de seguro, conoceréis un gentleman á primera vista. Traedme la contestación lo mas pronto posible, porque es probable que yo permanezca poco tiempo en la ciudad. Me encontrareis en la calle Mayor examinando las tiendas.

El mozo echó á correr impaciente por exhalar en elogios su reconocimiento hácia aquel generoso extranjero. ¡De seguro era un gentleman! Si las recomendaciones de Mike valian dinero, Waife habia colocado su media corona con un magnífico interés.

El cómico empezó á pasearse por la calle Mayor, y parándose delante de la tienda de un librero, leyó el siguiente cartel:

ATENEÓ É INSTITUTO LITERARIO DE GATESBOROUGH.

Lección sobre conchología, por el profesor Long, autor de las investigaciones sobre la historia natural de las lapas.

Waife entró en la librería y quitándose el sombrero, dijo:

— ¿Tendreis la bondad de dejarme mirar este cartel?

— Ciertamente, caballero; pero es una cosa atrasada, como podeis ver por la fecha; esta lectura fué la semana pasada. En nuestro Ateneo tenemos la costumbre de dejar expuestos los carteles hasta que hay que exponer otros nuevos.

— ¡Conchología! dijo el cómico: ese es el estudio que requiere mas profundos conocimientos, y sobre el cual un hombre instruido puede hablar mucho tiempo sin temor de que le contradigan. Pero ¿qué distancia media entre esta ciudad y el Océano británico?

— No lo sé precisamente, caballero; pero está muy lejos.

— Entonces las conchas no serán muy familiares á los recuerdos de la juventud de vuestros conciudadanos; el profesor tendrá probablemente un auditorio mas escogido que numeroso.

— El auditorio es muy atento, caballero, y de personas muy dignas. A él concurren las discípulas de Mis. Grievé, que es el mejor colegio de señoritas de la ciudad.

WAIFE.

Eso hace honor á las señoritas. Pero, y perdonad mi impertinencia, ¿vuestro Ateneo es un instituto mecánico?

EL LIBRERO.

Tal fué su título al principio. Pero no sé por qué los obreros se fueron retirando poco á poco, y entonces se creyó conveniente sustituir á la palabra *mecánico* la palabra *literario*. Gatesborough no es una ciudad manufacturera, y nuestros obreros no manifestaban mucho interés por las ciencias abstractas, sobre las cuales los fundadores de estas sociedades basaban sus...

WAIFE.

Sus cálculos de progreso intelectual y de tablas de beneficios pecuniarios. Vuestro profesor Long supongo que residirá en esta ciudad, será un hombre independiente...

EL LIBRERO.

No, señor; se le ha ajustado en Lóndres, por cinco guineas y gastos de viaje. Los fondos de la sociedad no hubieran podido soportar esta carga; pero tenemos un excelente corregidor, que secundado por M. Williams, su primer dependiente, es la vida y el alma del instituto.

— ¿Vuestro corregidor será hombre de letras?

El librero se sonrió.

— No mucho, caballero; pero se interesa en extremo por las clases obreras. Esta es la grande obra del profesor Long sobre las lapas, dos volúmenes en octavo. El corregidor acaba de regalarla á la biblioteca del instituto. Justamente estaba cortando las hojas cuando habeis entrado.

— Obrábais con mucha prudencia, caballero. Si las lapas supieran leer los caracteres impresos de la lengua inglesa, esa obra seria de mayor interés para ellas que las mas profundas investigaciones sobre la historia política y social del hombre. Pero, añadió el cómico sacudiendo tristemente la cabeza, los hombres no son testáceos, y la historia del hombre seria para las lapas lo que la historia de la lapa es para los hombres.

Dijo, compró un pliego de cartón y papel dorado, volvió á quitarse el sombrero y se marchó.

El librero se raseó la cabeza como preocupado, miró á través de la vidriera el rostro del forastero, que se alejaba, y volvió maquinalmente á su tarea de cortar las hojas de aquellos volúmenes, que á no ser por él, hubieran permanecido intactas en la biblioteca hasta el día del juicio.

Mike Callaghan se acercó á largos pasos á M. Waife.

— El señor corregidor me encarga os haga presente su afecto, he dicho mal, sus respetos; y dice que tendria el mayor placer en ver á vuestro honor.

Tres minutos despues, M. Hartopp y el cómico estaban sentados *vis-á-vis*, en un gabinetito contiguo al escritorio del primero. El corregidor tenia una de esas fisonomías que la benevolencia ilumina con un brillo mas dulce que un efecto de sol sobre un lienzo de Claudio. Josias Hartopp habia seguido el curso de su vida sin mas arte que su buen carácter.

En la escuela cuando era niño siempre se encontraba dispuesto á ser útil á sus compañeros, y sus compañeros concluyeron por formar una especie de policía cuyo objeto era proteger la persona y la bolsa de Josias Hartopp contra las asechanzas de los perversos de la escuela. Era tal su deseo de complacer á su maestro, no por miedo al castigo, sino por el deseo de evitar á aquel digno señor la pena de reprenderle, que el maestro puso mayor esmero en su instrucción que en la de los muchachos mas despejados de la escuela, de modo que mientras los demás discípulos eran rigurosamente azotados, Josias Hartopp solo llevaba algun bofetoncillo en la cabeza, como para darle á entender que no se desanimara y otra vez procurase hacerlo mejor. La misma justicia imparcial hizo dulce y llevadero su aprendizaje en casa de un austero comerciante de cueros, que no pudiendo soportar la idea de separarse de él, le elevó al rango de socio, y acabó por hacerle su yerno y heredero universal. Cediendo despues á los consejos de sus amigos, de comerciante de cueros se hizo curtidor. Hasta los cueros parecian suavizar ante él su rudeza y convertirse en vellones de oro. Siendo ya bastante rico, alquiló una granja para su salud y su recreo. Despues llegó á ser propietario de la granja que poco á poco fué convirtiéndose en una casa de campo. La riqueza y los honores llovieron sobre él. El hombre mas mal educado de la ciudad, hubiera tenido vergüenza de ser grosero con Josias Hartopp. Cuando hablaba en público, aunque lo hiciera del modo mas lamentable, era escuchado con gran respeto. En tiempo de elecciones podria haberse hecho elegir para ocupar uno de los asientos del Parla-

mento y á Mike Callaghan para que ocupase otro, si le hubiera parecido; pero él estaba demasiado lleno de la leche de la humanidad para dejar penetrar en sus venas una gota de la hiel de los partidos. Dejaba á otros el cuidado de hacer leyes para su país, y (excepto en una ocasion, que se dejó persuadir para indicar, no á los electores de Gatesborough, sino á los de otra ciudad distante donde tenia bastante influencia, la eleccion de cierto eminente orador) Josias Hartopp no figuraba en política mas que cuando se trataba de hacer alguna peticion en el Parlamento, en favor de alguna medida humanitaria ó contra algun impuesto que hubiera podido pesar rudamente sobre las clases pobres.

Si le salia mal algun negocio, toda la ciudad se apresuraba á ir á llevarle remedio. Si le nacia un hijo, Gatesborough se regocijaba como madre. Si habia sarampion ó escarlatina cerca de su casa, todos se inquietaban por los niños de M. Hartopp. De modo que el corregidor era un notable ejemplo de una verdad que aun no es universalmente conocida; el amor es un poder: si probais de una manera manifiesta y que no dé lugar á dudas que amais á vuestro prójimo, aunque menos que á vosotros mismos, pero con cordialidad y desinterés, vereis que vuestro prójimo se porta mejor con vos, á pesar de lo que las malas lenguas quieran hacerlos creer, siempre que vuestro talento sea de tal condicion que no excite su envidia, ni vuestras opiniones ofendan sus preocupaciones.

M. HARTOPP.

¿Os interesais, segun decís, por las instituciones literarias y habeis estudiado el asunto?

EL CÓMICO.

Hace algun tiempo preocupa mi imaginacion representándome el medio de reunir las ideas en un foco útil.

M. HARTOPP.

Verdaderamente es una gran cosa atraer á todas las clases á una afectuosa union.

EL CÓMICO.

Con un laudable objeto.

M. HARTOPP.

Para cultivar su inteligencia.

EL CÓMICO.

Para inflamar sus corazones.

M. HARTOPP.

Darles útiles conocimientos.

EL CÓMICO.

Y agradables sensaciones.

M. HARTOPP.

En una palabra, instruirles.

EL CÓMICO.

Y divertirles.

— ¡Eh! exclamó el corregidor, ¡instruirles!

Debemos advertir que todos los que rodeaban á M. Hartopp, procuraban estar siempre alerta para salvarle de los lamentables efectos de su benevolencia; así es que, cuando su primer dependiente se apercibió de que se habia encerrado con un extranjero, se alarmó, y bajo pretexto de pedirle instrucciones acerca de una remesa de cueros, entró en el gabinete para reprimir, en caso necesario, los arranques generosos de su principal.

M. Hartopp, que á pesar de no ser un genio, tenia sin embargo bastante buen sentido, y era mas sagaz observador de lo que se creia generalmente, adivinó las generosas intenciones de su subalterno.

— Un caballero que se interesa por el Ateneo de Gatesborough. El primer dependiente de mi comercio, caballero, M. Williams, tesorero de nuestro instituto. Sentaos, Williams. Y despues de esta mútua presentacion, volviendo á su interrumpida conversacion, dijo: Hablábais de diversion, M. Chapman, pero...

— No habeis encontrado divertida la conchología del profesor Long.

— Yo, dijo el corregidor con una dulce sonrisa, no soy hombre de ciencia, de modo que su leccion, aunque muy sabia, no me ha divertido mucho.

— ¿Y no opinarán lo mismo vuestros obreros, señor corregidor?

— No han asistido, dijo Williams. No podemos poner en movimiento á los obreros cuando se trata de decirles alguna cosa grave.

— ¡Los pobres, cuando llega la noche están cansados! pero sin embargo, el deseo de instruccion les impele á coger un libro en la biblioteca.

— Novelas, dijo el austero Williams. Ninguno coge aquella preciosa historia de las lapas.

— Si una lectura fuera tan divertida como una novela ¿no acudirian á oirla? preguntó el cómico.

— Yo creo que sí, repuso M. Williams. Pero nuestro objeto es instruir, y la instruccion, caballero...

— Puede hacerse amena. Si, por ejemplo, el profesor pudiera producir una ostra viva, y demostrar por los resultados que un trato amable puede producir respecto del desarrollo, de la inteligencia y del amor, en los seres que no tienen alma, como podria hacerse al hombre mas benévolo para con sus semejantes por los mismos medios...

— ¿Y bien, señor? dijo M. Williams sonriéndose con incredulidad.

— Esto me atreveria yo á hacer.

— ¡Con una ostra! exclamó el corregidor.

— No, señor; con una criatura de mas nobles atributos. UN PERRO.

Los oyentes se miraron llenos de admiracion mientras Waife proseguia.

— Excitando el interés por la individualidad de uno de esos cuadrúpedos, llegaria poco á poco á hacer nacer el interés por la especie. Por medio de comparaciones llegarian á recorrer todos los miembros de la gran familia que acompañaba á Adán. De ese modo podria echar el cimiento de un curso instructivo de historia natural, y de los vertebrados mamíferos ¡quién sabe si llegariamos gradualmente al sistema nervioso de los moluscos, y hasta á producir sensacion con una lapa!

— Teóricamente, dijo M. Williams.

— Prácticamente, señor mio; porque yo creo indudable que el Ateneo, en la actualidad es una contribucion sobre los mas ricos suscritores, entre los cuales figura el señor corregidor.

— Eso no vale la pena, dijo el bondadoso M. Hartopp. Williams dirigió á su amo una mirada de inexplicable ternura murmurando:

— ¡No vale eso la pena!... ¡Oh!

— Esa sociedad, repuso el cómico, deberia cubrir sus gastos por sí misma, y no ser una carga pecuniaria para el señor corregidor.

— Ciertamente, dijo Williams, ese es el principio mas recto. El señor corregidor deberia ser protegido.

— Y si yo os hiciese ver como esas sociedades pueden hacer sus gastos...

— Os estariamos muy reconocidos.

— Entonces os propongo dar una exhibicion en vuestros salones.

M. Williams guiñó el ojo al corregidor y tosió, el cómico fingió no reparar en la tos ni en el guiñamiento.

— Por supuesto gratuitamente. Yo no soy de esos lectores de profesion como el de la conchología, caballero.

M. Williams quedó muy complacido al oírle hablar de aquel modo.

— Y despues que haya hecho mi primer ensayo; estoy seguro de que vosotros, caballeros, proseguireis sacando deducciones. Pero no puedo detenerme mas. Si pasado mañana...

— Es el día de nuestra *soirée* ordinaria, dijo el corregidor; pero habeis hablado de un perro, los perros no son admitidos... ¿Eh, Williams?

M. WILLIAMS.

Es una mera medida de orden que el sub-comité puede suspender en caso necesario. Pero no pensais que la introduccion de un animal vivo pareceria menos digna que una...

— ¡Que una completa bancarrota! dijo gravemente el cómico.

El corregidor quiso sonreír, pero se contuvo temiendo que comprendiera la burla M. Williams, que al parecer no reparó en ella.

— Nuestra sociedad es puramente intelectual, dijo este último, y un perro...

— Presumo que será un perro sabio, observó el corregidor.

M. WILLIAMS, inclinando la cabeza.

Seria un precedente peligroso para la introduccion de otros cuadrúpedos. Podriamos descender hasta la presentacion de un cochinito sabio. Nosotros no tenemos una casa de fieras, M... M...

— Chapman, dijo el corregidor con urbanidad.

— Basta, dijo el cómico levantándose con toda su majestad: si yo me considerase en libertad de decirlos quién soy, caballeros, estoy seguro de que comprenderiais que no trato con ligereza una cuestion que creo muy grave é importante. En cuanto á la idea de sugerir algo derogatorio á la dignidad de la ciencia y á la eminente reputacion del Ateneo de Gatesborough, no creo deber vindicarme. Estas canas...

Y sin concluir la frase, se llevó la mano á la cabeza.

Los dos ciudadanos enmudecieron respetuosamente y el cómico prosiguió:

— Pero ya que hablais de precedentes, M. Williams, voy á referiros algunos sobre este punto. Aristóteles escribia á Alejandro el Grande pidiéndole animales para

exhibirlos en el instituto literario de Atenas. En los cursos académicos de Egipto, se enseñaba un perro llamado Anubis, tan inferior, no temo asegurarlo, al perro á que me refiero, como una academia egipcia á un instituto británico. Los antiguos etruscos, como demuestra el erudito Schweighöuser, en aquel pasaje... ¿Vos comprendereis el griego, M. Williams?

M. Williams tuvo que confesar que no.

EL CÓMICO.

Entonces no os citaré aquel pasaje sobre los perros, molosianos en general y el perro de Alcibiades en particular. Pero allí se prueba sin ningun género de duda que en todos los institutos literarios de la antigüedad, la instruccion de los perros era muy estimada, y que habia en una academia filosófica llamada la Cínica, una escuela *Perruna* ó de los perros, de la cual Diógenes era el profesor mas eminente. Ya sabeis que andubo con una linterna buscando un hombre honrado y no pudo hallarlo. ¿Por qué? Porque la sociedad de los perros habia levantado su estandarte de humana honradez á una perfeccion impracticable. Pero estoy molestando vuestra atencion y si no fuera por esta consideracion, podria discurrir una hora sobre este tema, ya que pensais que los obreros de Gatesborough prefieren la erudicion al recreo.

— Es un sabio, dijo M. Williams en voz baja. (*Alto.*) Nada puedo oponer á lo que decís, caballero. Creo que habeis probado esa parte de vuestra tesis; pero despues de todo, un perro sabio no es una cosa tan extraordinaria que sea por sí misma objeto de una atraccion tan fuerte como pareceis suponer.

— No es solamente la instruccion de mi perro la que me enorgullece, replicó el cómico. Los perros pueden ser sabios y los hombres tambien; pero la manera de comunicar la instruccion, sea por el hombre, sea por el perro, para la edificacion de las masas, á fin de, como dice el mismo Pope, «despertar el genio y enmendar el corazon,» esto es lo que honra al poseedor, exalta las especies, interesa al público, é impone el respeto de jueces tales como los que tengo ante mí. (*El gran saludo.*)

— ¡Ah! dijo M. Williams vacilando, semejantes sentimientos dicen mucho en favor de vuestra cabeza y de vuestro corazon, y si nosotros pudiéramos, en primer lugar ver el perro privadamente...

— ¡Nada mas fácil! dijo el cómico. ¿Quereis hacerme el honor de ir á mi casa esta noche á tomar el té?

— ¿Y no seria mejor que viniérais á tomarle en mi casa? dijo el corregidor, dirigiendo una tímida mirada á M. Williams.

EL CÓMICO.

Sois muy bondadoso: pero puedo disponer de tan poco tiempo, que me he impuesto la obligacion de rehusar cualquier invitacion particular fuera de mi casa. A mis años, señor corregidor, se puede dispensar á cualquiera que deje de cumplir algunas de las formalidades de la sociedad; vosotros sois jóvenes comparados conmigo. Invocando la autoridad de mis canas me atrevo á esperaros esta noche á las nueve.

Y el actor hizo un gracioso movimiento con la mano y salió.

— Es un sabio y un gentleman, dijo Williams enfáticamente.

Y el corregidor, autorizado de aquel modo para seguir el impulso de su corazon generoso añadió:

— Un humorista y un hombre divertido. Tal vez tenga razon: acaso nuestros pobres obreros se entregarian con mas placer á una diversion inocente que á esas lecciones que pueden muy bien haberles parecido enojosas, puesto que vos mismo os habeis dormido al oír tratar al profesor Long de las conchas multiloculares de la primera clase de los moluscos céfalos, y yo creo que una risa inocente produce un efecto moral sobre la clase obrera. Pero no conviene repetir esto á todos, porque nosotros conocemos excelentes personas de una seria disposicion de ánimo, á las cuales podria ofender esta opinion.

XI.

Es casi inútil decir que M. Hartopp y su primer dependiente fueron exactos á la hora del té; pero el cómico solo les dió una débil muestra de los talentos de sir Isaac, lo suficiente para excitar su admiracion, sin satisfacer su curiosidad. Sofia, cuyo lindo rostro y aire de distincion fueron observados, se retiró temprano, á una seña de su abuelo, para irse á acostar, y el cómico procuró entonces por cuantos medios estuvieron á su alcance divertir á sus convidados, que bien pronto olvidaron al mismo sir Isaac.

Seria difícil dar por escrito una idea de la locuacidad original de aquel extraño vagabundo. Su conversacion variada tenia mas atractivo por su modo de decir que por lo que decia. Era indudable que aquel hombre conocia el mundo; y sin haberse aprovechado mucho de sus observaciones, sin saber acaso el provecho que pudiera sacarse de ellas, por medio de una mirada de su ojo único, por una crispacion de sus labios podia dar la idea de un genio original jugando con este mundo que es una bola, lanzándola al aire y volviéndola á coger despues como un niño que juega á la pelota. Su conoci-



Servicio fúnebre celebrado á la memoria del duque de Orleans, en la capilla de Sablonville.

miento de los libros era bastante limitado, aunque en su infancia debia haber adquirido una educacion regular; pero podia hablar, aunque superficialmente, de los antiguos clásicos, lo bastante para imponer á los ignorantes. Si no los habia leído, habia otros libros en que eran citados, y en el curso de su vida habia tenido ocasion de hacer conocimiento con los escritores modernos mas populares. Sin embargo de que la literatura era lo menos familiar para él, cualquiera se hubiera admirado de la fuerza con que podia lanzar á lo lejos aquellas arenas de erudicion amontonadas, por decirlo así, á la puerta de aquella inteligencia activa y juguetona. ¿Dónde pudo estudiar, por ejemplo, la naturaleza y el porvenir de los institutos de obreros? Y sin embargo, parecia comprender perfectamente aquella materia. En una palabra, aquel hombre era un actor, y si hubiera creido oportuno hacer el papel del profesor Long, le hubiera hecho con la mayor naturalidad.

Los dos ciudadanos hacia muchos años que no habian pasado una noche tan agradable. Cuando el reloj dió las doce, el corregidor, cuyo carruaje esperaba hacia una hora para trasportarle á su casa de campo, se levantó con pena para partir.

— Es necesario, dijo Williams, que los anuncios estén corrientes mañana. ¿Qué anunciaremos?

— Lo mas sencillo será lo mejor, dijo Waife; pero os ruego que indiqueis en el encabezamiento que eso debe hacerse bajo la especial proteccion del digno señor corregidor.

El corregidor sintió su corazon conmovido como si hubiera recibido algun gran favor personal.

— Supongamos que se redacta así, prosiguió Waife: « Ilustraciones de la vida doméstica y de la historia natural con ejemplos vivos. — Primera parte. — EL PERRO.

— Eso parecerá bien, dijo el corregidor. ¡ Los perros son unos animales tan populares!

— Sí, dijo Williams, y aunque algunos piensen que « el ejemplo viviente de un perro » pueda comprometer la dignidad del instituto, la importancia de la historia natural...

— Y las saludables influencias de la vida doméstica... añadió el cómico.

— Puede, concluyó M. Williams, destruir la opinion de los que piensen que para los talentos de un órden superior es el perro un objeto de una atraccion demasiado familiar.

— No temo el resultado, dijo Waife, con tal de que el auditorio sea bastante numeroso, para lo cual (y esta es una condicion indispensable para una clara expe-

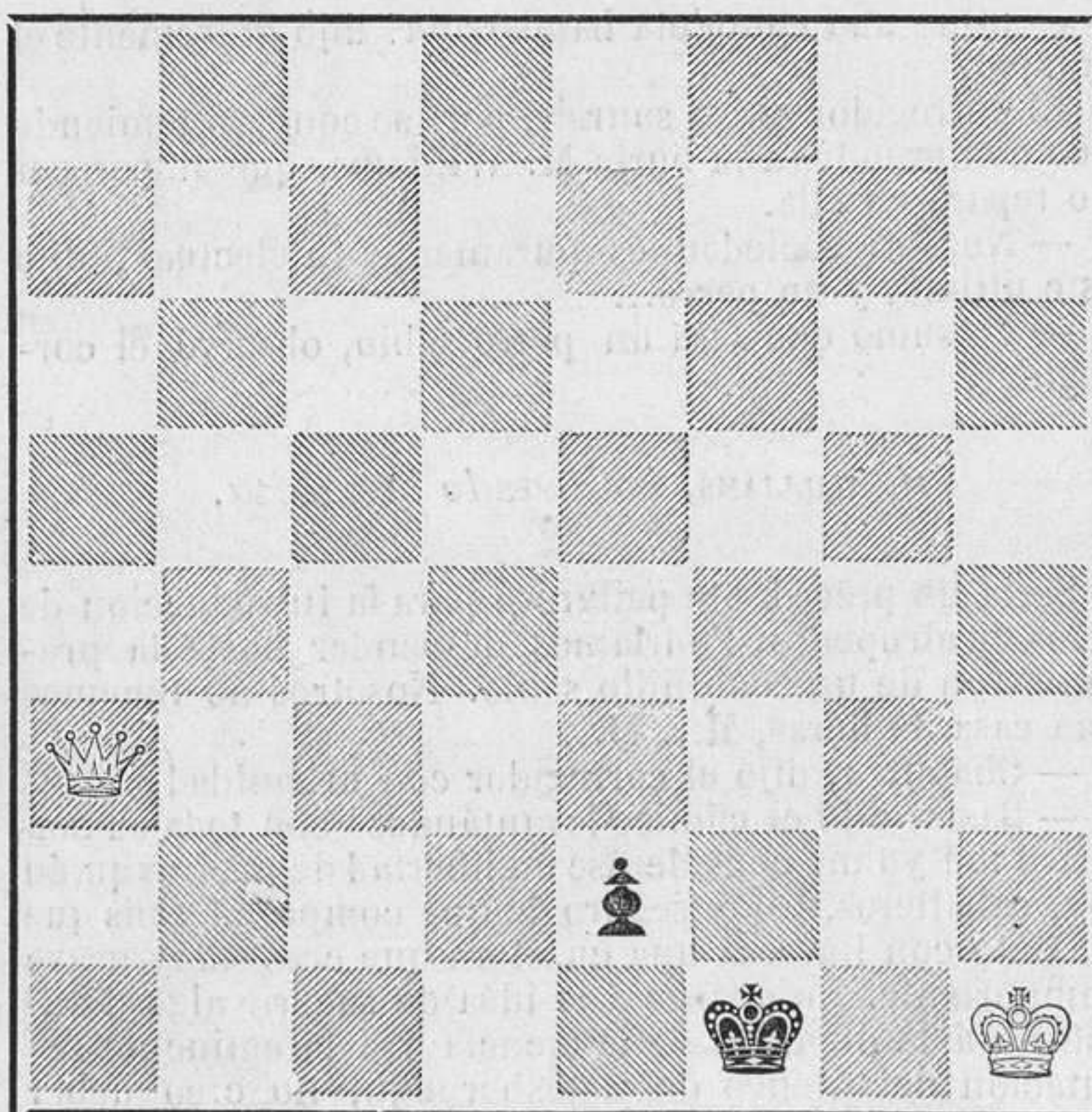
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 349

- | | | |
|---|---------------------|--------|
| 1 | P 4º AR | R 5ª R |
| 2 | Rª 3ª C | R 4ª A |
| 3 | A 3ª Rª | R 3ª A |
| 4 | Rª 5ª C jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 350, POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

riencia) he hecho imprimir billetes, pero han de ser distribuidos por el corregidor.

— No os las prometáis muy felices, dijo M. Hartopp, yo he distribuido billetes para el profesor Long, y la concurrencia no ha sido numerosa. Sin embargo, haré lo que pueda. ¿Y no podré seros útil en alguna otra cosa, M. Chapman?

— Sí, mas tarde.

William se alarmó y se aproximó al bolsillo del corregidor con intenciones protectoras. El cómico le llamó aparte y le dijo en voz baja:

— Me propongo dar al corregidor una pequeña idea de mi representacion y hacerle figurar en ella, á fin de proporcionar á sus conciudadanos la ocasion de manifestar por sus aplausos lo mucho que le estiman; esto le regocijará y le conmovirá. Ya vereis. Pero, ¡chiton!

Williams sacudió cordialmente la mano de M. Waife, consolado, conmovido y lleno de confianza.

Los dos señores se marcharon, y el cómico encendió su vela, dió un silbido á sir Isaac y fué á acostarse sin un pensamiento de remordimiento por sus gastos y el déficit que existia en su bolsa. Y sin embargo, como habia dicho Sofia, sentia un loable horror por las deudas. Y ahora, ¡qué extravagancia! ¡Las mas hermosas habitaciones, comidas, un té, en el primer hotel de la ciudad! ¡Media corona al mozo! ¡Aquella existencia suntuosa, renovada con el sol naciente! ¡Ni una inquietud para el día de mañana; y me atreveria á asegurarlo, con muy pocos chelines en la bolsa! ¡Y cuántas circunstancias agravantes! ¡Deudas contraidas sin medios de pagarlas! ¡Y á pesar de todo, el desgraciado duerme! ¿Pero no somos moralistas algo superficiales? ¿Tenemos en cuenta el derecho del genio de hacer tratos con el porvenir? ¿El mas prudente capitán no quema algunas veces las naves? ¿El comerciante mas honrado no toma á veces mercancías á crédito contando con la suerte de sus operaciones? ¿Ese hombre que duerme con un sueño tan apacible, no puede tener en su cabeza motivos de confianza, de certidumbre moral, que justifiquen plenamente el uso que ha hecho de la *Cabeza del Sarraceno*? ¿Pero si su plan fracasa?... Os responderá que eso es imposible. Pero no obstante... direis.

(Se continuará.)